

El VENGADOR
3 PTAS.
EL MISTERIO DEL JINETE FANTASMA
POR Fidel Prado



Núm. 15

EL MISTERIO DEL JINETE FANTASMA

NOVELA DEL OESTE ORIGINAL DE

FIDEL PRADO

Editorial Cies - Vigo

EL VENGADOR

TITULOS PUBLICADOS

1. Juramento cumplido.
2. Jak, el Zurdo.
3. La presa trágica.
4. Un sheriff a la medida.
5. El rastro sangriento.
6. El jinete fantasma.
7. La charca envenenada.
8. El Tigre de Sierra Blanca.
9. El rapto de Magde Climpson.
10. Lowe, «el Seco»
11. La garganta del muerto.
12. Se ha fugado un preso.
13. Carne de cordel.
14. El Clan de los Barrymore.
15. El misterio del jinete fantasma.

PRIMERA EDICIÓN 1946

Es propiedad

Impreso en España *Printed in Spain*

Artes Gráficas «GRIJELMO», S.A.—Bilbao



CAPÍTULO PRIMERO

UNA BODA TRAGICA



ESHECHO el clan de los Barrymore y muertos sus más terribles componentes, la calma y la tranquilidad habían vuelto a renacer en el valle.

Cuando el incendio consumió la vegetación en un área bastante extensa y se pudo explorar el terreno, Sol, no satisfecho de la jornada, realizó una visita en busca de los caídos, pero poco fue lo que logró comprobar. Los cadáveres de Lin y su padre fueron encontrados en el fondo de un barranco en condiciones de ser identificados, pero no así sus hermanos San y Buck, cosa que disgustó a Sol, pues algo le decía al corazón que no todos los componentes del clan habían caído. Creía conocer el carácter de Buck y le sorprendió mucho no haberle visto ni un momento

después de su liberación, como tampoco le habían visto el *sheriff* y sus ayudantes, pero entre la informe cantidad de huesos calcinados descubiertos, bien podían estar los de los dos hermanos.

Magde se esforzó en tranquilizarle. La *razzia* había sido espantosa y el fuego, como barrera, impidió que ninguno pudiese ponerse a salvo.

Sol terminó por dar al olvido el dramático incidente. La vida en el rancho habíase reanudado feliz y gozosa, y el amor y la asiduidad de Magde, terminaron por aplastarle en la hacienda, matando en él toda nueva gana de aventuras.

El otoño se manifestaba rápidamente, y la joven, recordando a Sol su promesa, le dijo una tarde:

—Sol, ¿no crees que ha llegado el momento de que cuelgues definitivamente tus revólveres? Dentro de quince días se cumple el aniversario de la muerte de tu pobre padre y queda cancelado tu juramento. Mientras ese día llega, podemos hacer todos los preparativos de la boda, si es que no te has arrepentido de ello.

El la miró largamente y luego repuso:

—Tú sabes que si hay algo de lo que yo no pueda arrepentirme es de haber puesto mi amor en ti, pero pienso que voy a realizar una boda de conveniencia.

Ella le reprochó:

—Sol, no digas majaderías.

—Sí, querida; he perdido dos años preciosos de mi vida en hacer bien, pero no he hecho ninguno para mí. Soy más pobre que el último de los peones del valle.

—Bien; tú sabes lo que mi padre te propuso. Al está ya demasiado gastado y necesita un hombre que cuide sus intereses como si fuese él mismo. Nadie mejor que tú.

—Conformes. ¿Qué vale eso?

—Mira, Sol, no me desesperes. Ni mi padre ni yo somos personas capaces de vender el amor. Aunque tú no te hubieses cruzado en mi camino, yo soy capaz de casarme con el hombre más pobre del valle, si sé que éste va a constituir el ideal de mi felicidad. Métete esto en la cabeza y no vuelvas a repetir eso delante de mi padre, si no quieres perder su estimación. Si a mí me corre prisa casarme, él muestra aún más interés que yo en verme casada.

Sol la abrazó conmovido, diciendo:

—Está bien, Magde; no hablemos más del asunto. Nos casaremos el mismo día que se cumpla el segundo aniversario de la muerte de mi padre y que él nos bendiga desde su tumba, si cree que he cumplido a satisfacción mi juramento.

—Se sentirá orgulloso de ti desde el cielo, Sol. Has hecho por vengarle más que ningún otro hombre se atrevería a hacer en tu caso.

Magde comunicó a Lee el acuerdo de ambos, y el ranchero se mostró satisfecho de aquel final

—Has hecho bien en convencerle, Magde—dijo—. Si no es así, al primer asomo de alarma en el Oeste, estaría montando a caballo con los revólveres empuñados, y un día u otro sería carne de plomo. Ya es hora de que le traspase mis poderes y yo me dedique a la vida contemplativa.

Rápidamente se hicieron todos los preparativos para la boda, y la noticia se corrió como un reguero de pólvora, tanto por Pine Valley como por el Valle de Escalante, lloviendo los regalos sobre la feliz pareja.

La boda prometía ser un solemne acontecimiento en el poblado. Lee estaba dispuesto a tirar la casa por la ventana, como vulgarmente se dice, y se apresuró a invitar a todos los rancheros de muchas millas en derredor. Quería que la boda de su hija fuese un suceso muy sonado, y la gran cantidad de amistades con que contaba deberían reunirse ese día en el rancho en el que se celebrarían varias fiestas brillantes.

Como el tiempo se mostraba aún benigno, se colocarían las mesas del monstruoso banquete en el patio; varios cocineros de diversos equipos cercanos se encargarían de condimentar un excelente menú; se estaba organizando un rodeo con premios de tiro, enlazamiento de reses, carreras de caballos y doma de potros salvajes.

El misionero del poblado había recibido un espléndido donativo para adornar profusamente la pequeña iglesia, y se acordó que sería el padrino el padre de la novia, y la madrina, su tía Clara, esposa del hermano de Lee. Durante varios días reinó una actividad febril en el rancho. Ningún preparativo fue descuidado, y así, la víspera todo estaba en orden para el enlace.

Aquel día, al atardecer, Sol montó a caballo, y Magde, al verle, preguntó inquieta:

—¿Dónde vas, Sol?

—No te inquietes, Magde. Voy a rezar ante la tumba de mi querido padre y a hacerle ofrenda de mi felicidad como le hice ofrenda de mi vida el día que le enterraron.

—Espera entonces, Sol; yo también quiero rendirle ese debido recuerdo.

Los novios se trasladaron al pequeño cementerio. La tarde moría

entre nubes cárdenas y una aureola sangrienta reflejaba sobre la losa de piedra que Sol había hecho grabar sobre la tumba.

Ambos se arrodillaron ante ella, rezando con fervor. Cuándo elevaron sus preces, Sol se levantó con el sombrero en la mano y, extendiendo el brazo, exclamó con voz cortada por la emoción:

—Padre, padre mío, que duermes tu último sueño en este tranquilo rincón de la tierra. Hace dos años, en este mismo lugar y cuando pasabas a ocupar tu puesto camino del cielo, te recé con el mismo fervor que hoy te he rezado, y ante tus cenizas, aún calientes, hice un juramento que he cumplido. Aquel día estaba presente el miserable que fue causa de tu muerte. No se sintió temblar ante mi promesa, porque creyó que en la tierra no existía justicia para el crimen. La realidad le demostró que sí, porque la justicia me la inspiraste tú, y armaste mi brazo para que se cumpliese. El miserable cayó, sin que, como a ti, quedase nadie que le recordase con lágrimas en los ojos ni viniese a rezar sobre su tumba, como nosotros hemos rezado ahora sobre la tuya y seguiremos rezando. Padre... padre mío: he cumplido mi juramento y, a cambio de tu vida, han mordido el polvo docenas de canallas que estaban de más en la tierra. El amor ha salido a mi paso y me pide que cese en mi tarea redentora. Yo sé que tú lo apruebas, porque me querías tanto, que por no ver expuesta mi vida hubieses sacrificado mil veces la tuya. Aquí nos tienes ante tu tumba a recordarte y a ofrendarte nuestra felicidad, que sé que será la tuya en el otro mundo. Bendice nuestro amor, bendice a esta valerosa mujer que tanto ha llorado y temblado por mí cuando me exponía por cumplir mi juramento, y haz que nada ni nadie turbe la dicha que tan bien se ha ganado.

Sol enmudeció con la voz truncada por la emoción y, al volver la cabeza, descubrió a Magde, de rodillas, sollozando en silencio sobre la losa.

Amoroso, la tomó del brazo ayudándola a levantarse. Magde depositó sobre la tumba un ramo de violetas salvajes que había confeccionado, y, sin ánimos para proferir palabra abandonó el cementerio en unión de Sol.

Ya de noche regresaron al rancho. Iban tristes, pero satisfechos. Era una tristeza sedante que les llenaba de un místico regocijo. Habían cumplido con un deber excelso y estaban seguros de haberse ganado la bendición del muerto.

A la mañana siguiente, apenas rayó el sol, empezaron a acudir al rancho los calesines de los rancheros más lejanos del valle, así como sus flamantes equipos. Los peones, todos hombres alegres,

bullangueros, ganosos de diversión y de alegría, se habían tocado con sus más flamantes trajes, y aquello era una orgía de colores, donde las camisas y los pañuelos anudados a los cuellos componían toda la gama del arco iris.



Sol se levantó con el sombrero en la mano...

Los *cowboys* sabían que asistirían a la fiesta todas las muchachas de Pine y de algunos ranchos cercanos, y se prometían un par de días de intensa diversión.

El equipo de Lee había preparado durante la noche el calesín donde los novios debían trasladarse a la iglesia. El pequeño carruaje se hallaba engalanado con profusión de flores silvestres recién cortadas, y el doble tiro de preciosos caballos que debía arrastrarle lo habían engalanado con brillantes arneses, también adornados con flores.

Magde se presentó radiante de belleza y felicidad, con un bello traje blanco que habla sido confeccionado en Provo, exclusivamente para el acto, y Sol vestía un flamante equipo de *cowboy*, regalo del *sheriff* Impey.

Los peones de Lee rodearon el carruaje, dándole escolta de honor, y la comitiva se puso en marcha desde el rancho hasta el poblado, situado a más de una milla de la hacienda.

Cuando entraron en Pine todos los habitantes de éste se hallaban reunidos en la calle principal para asistir al paso de la comitiva, y cuando ésta, entre comentarios de admiración, cruzó por una de las

calles transversales para desembocar en la plaza donde se alzaba la iglesia, una nutrida manifestación seguía al cortejo.

El misionero esperaba a la puerta de la iglesia la llegada de los novios y, tras saludarles y darles la bienvenida, les precedió hasta el altar, donde se celebró la ceremonia.

Terminada ésta, los recién casados, rodeados de los padrinos, el *sheriff* y algunos rancheros y peones de sus equipos, salieron en nutrido montón a la plaza, en el momento en que un furioso galope se dejó sentir por una de las calles que desembocaban en ella.

Los invitados se miraron extrañados. Creían estar congregados todos los rancheros y equipos de los contornos y nadie recordaba que faltase ninguno a la ceremonia.

Sol, del brazo de Magde, quedó tenso a la puerta de la iglesia entre el grupo que le rodeaba, cuando, súbitamente, un grupo de jinetes, compuesto de unos dieciocho individuos, irrumpió a un galope desenfrenado en la plaza, cruzando en línea recta, por el centro, frente a la iglesia.

Brutalmente, una serie de terribles explosiones turbó el alegre tintineo de la pequeña campana que cantaba alegremente en lo alto de la torre, y al ladrido trágico de los *colts* de los misteriosos jinetes, siguieron alaridos de espanto, rugidos de dolor, clamores de angustia y maldiciones terribles.

El pelotón de jinetes, a una señal acordada, había disparado bárbaramente sobre el grupo que se aglomeraba a la puerta de la iglesia. Fue una terrible descarga proyectada a la vez contra determinado lugar, y Sol, que pareció adivinar lo que iba a suceder, empujó bruscamente a Magde hacia el interior de la iglesia apartándola del foco de los disparos, al tiempo que se tiraba a tierra hurtando el cuerpo a las balas.

Varias descargas siguieron a la primera antes de que los invitados tuvieran tiempo a reponerse de la impresión; respondiendo cumplidamente al salvaje ataque, y cuando los *cowboys* que habían escapado milagrosamente a las balas de los misteriosos jinetes hicieron ladrar sus temibles *colts*, ya los agresores enfocaban por una de las calles contrarias, tratando de ponerse a salvo de la réplica.

Aunque su paso había sido rápido y fugaz, Sol, que poseía una vista aguda, había reconocido al jinete que capitaneaba el grupo y, rugiendo de impotencia, gritó:

—¡Buck Barrymore!... ¡Ah, canalla, asesino!

Se irguió de un salto y arrebatando el revólver a uno de los vaqueros más próximos, pues él había acudido a la ceremonia sin

armas, saltó por encima de los caídos disparando furiosamente sobre la retaguardia del grupo, y uno de los rezagados salió volteado del caballo, con un tiro en la espalda que le atravesó el corazón; pero el resto, amparado en la sorpresa y en la rapidez del ataque, se había puesto a salvo, protegido por los edificios de la calle.

Una terrible confusión se originó en la plaza. Las mujeres, angustiadas, chillaban y lloraban, desquiciando los ya tremantes nervios de los hombres. Varios de éstos se retorcían en tierra, víctimas del plomo de sus cobardes enemigos; los caballos, aterrados, habían huido en diversas direcciones, retardando su captura para iniciar la persecución, y por todas partes se veía correr a los vaqueros en busca de sus monturas, mientras otros se apresuraban a acudir en auxilio de los caídos.

Sol giró los ojos angustiados y buscó a las personas más queridas a su lado. Magde, más pálida que el vestido que le cubría, había salido valientemente al exterior, aferrándose al brazo de él con angustia. A su lado, su padre, reprimía los dolores que le causaba una herida recibida en un hombro; Impey manaba sangre de un muslo, y dos muchachas, jóvenes y bellas, que al salir rodeaban a Magde, clamaban en tierra cubiertas de sangre.

Sol, desligándose del brazo de Magde, rugió:

—¡Déjame, Magde, por lo más quieras! Esto es algo que no admite demora. Ha sido Buck, ese chacal cuya muerte no llegó a efectuarse. Necesito acabar con él, aunque tenga que tardar un año en regresar de nuevo. Lo siento; pero por ti y por mí... por esas víctimas inocentes que han caído a nuestro lado, necesito la cabeza de ese miserable, y la obtendré o no regresaré jamás a tu lado.

Magde apretó los dientes con ira y nada dijo. Comprendía las razones de Sol y algo íntimo le obligaba a resignarse a dejarle marchar en un momento tan señalado para su vida como aquél.

Sol, con los ojos inyectados en sangre saltó sobre el primer caballo que pudo capturar y, como una exhalación, se dirigió al rancho. Tenía necesidad de montar en «Stard», único caballo en quien confiaba, tomar sus armas y lo más preciso para la persecución, y no podía emprender aquella caza loca de una manera precipitada y sin elementos.

Algunos *cowboys* habían partido en pos de los fugitivos. Sol ignoraba si lograrían alcanzarlos, pero si no lo conseguían, él era el llamado a seguir su pista hasta la frontera, y aunque iba a perder un tiempo precioso, las huellas que irían dejando los perseguidores le servirían para orientarle en el camino que debía emprender.

Cuando Sol desapareció de la plaza, Magde, nerviosa, tomó a su padre del brazo y obligándole a montar en el calesín, clamó:

—¡Al rancho, padre, al rancho!… Hay que detener a Sol. Me dice el corazón que ahora, en el momento en que era verdaderamente mío, lo voy a perder para siempre.

Lee no dijo nada; apretó los dientes con rabia reconcentrada y se dejó conducir al calesín poco esperanzado de llegar a tiempo. Sol no era hombre que perdiese un minuto en una empresa tan trágica como aquella.

En efecto, cuando a todo galope llegaron a la hacienda, ya Sol había montado en «Stard», y exigiendo de él todo lo que el valiente y noble animal podía dar de sí en una loca carrera, se lanzó tras las huellas de los cobardes forajidos. Había perdido un tiempo precioso y debía recuperarlo si quería perseguir con posibilidades de éxito a aquella banda de rufianes. Ya nada le importaba su situación, la angustia en que dejaba sumida a su esposa, ni cuanto le rodeaba. El trágico cuadro que había contemplado a la puerta de la iglesia, aquel asesinato en masa de gente indefensa, entre ellas infelices mujeres, había revolucionado todo su ser.

Perseguiría a Buck hasta el fin del mundo si era preciso. Tardaría una semana, un mes, un año, o una eternidad en localizarle, pero juraba fieramente no regresar al rancho hasta que supiese al miserable Buck pudriéndose bajo tierra.

Si Dios le conservaba la vida, aquella sería su última aventura para después consagrarse a su esposa y a su hogar, y si la suerte le volvía la espalda, también sería su postrera hazaña, pero caería en ella por la causa de la Justicia y por eliminar de la faz de la tierra al pistolero más cobarde y cruel de cuantos se habían enfrentado con él desde que se lanzara a la pelea con los indeseables.

Y animado con esta fiera decisión, consiguió localizar las huellas de perseguidos y perseguidores, y se lanzó tras ellas a galope tendido.

CAPÍTULO II

SOL DA LA REPLICA A UN RETO



OL galopaba por la soleada y polvorienta carretera pidiendo a «Stard» todo cuanto éste podía dar de sí en la carrera. Era aquella la carrera de la muerte, que sería ganada por el que más resistencia tuviese para galopar y quien en el supremo instante manejase con más rapidez y maestría el revólver.

Nada le importaba al «Vengador» que sus enemigos fuesen muchos y él uno solo. Lo principal era localizarles, descubrir la guarida de su cruel jefe, que después ya se las ingeniaría él para irlos batiendo uno a uno hasta llegar al salvaje cerebro que había ideado aquella repugnante emboscada.

A la hora de galopar como un meteoro fue encontrando a los peones más rezagados. Sus caballos, menos resistentes, iban aflojando el trote, y aunque los jinetes, furiosos, les espoleaban sin piedad, los pobres animales no podían dar más de sí.

Sol cruzó como una flecha por entre ellos, dejándoles atrás entre gritos de. salvaje alegría y sombreros que se agitaban en el aire, saludándole con cariño. Todos confiaban en él y el hecho de que se lanzase a semejante pelea en tan críticos momentos denunciaba que estaba dispuesto a no regresar hasta que el último de los forajidos hubiese mordido el polvo con el pecho atravesado a balazos.

Mediado el día, había dejado tras los cascos de su caballo a los más adelantados. Sol no quiso impedirles que continuasen la persecución, pero tampoco se manifestó dispuesto a esperarles perdiendo con ello un tiempo precioso.

Los forajidos, que debían poseer buenos caballos, galopaban hacia los montes Valley, donde encontrarían un seguro refugio, y, si se veían muy acosados, seguirían el curso del Virgin, bien para cruzar la frontera de Arizona, más abajo de un pueblo llamado Washington, o bien derivando hacia la derecha para alcanzar el curso del Santa Clara y poder internarse en las fragosidades de otro

macizo montañoso cercano, llamado Beaver Dan.

Sol quería evitar darles tiempo a llevar a cabo su maniobra, ya que, batirles en los montes, les daba una gran ventaja, y por ello galopaba sólo con la esperanza de llegar a las primeras estribaciones del Valley antes que los fugitivos.

Pronto se vio solo en la senda y no necesitó apearse del caballo para localizar las innumerables huellas del paso de los forajidos.

Tranquilo de no haber perdido la pista, continuó galopando, pero sin éxito; los caballos de la cuadrilla de Buck debían haber sido seleccionados entre los más resistentes, pues mantenían la ventaja, aunque ésta se fuese acortando insensiblemente.

Ya bien avanzada la tarde, Sol observó con rabia que se estaba aproximando a las primeras estribaciones del macizo montañoso, y aunque las huellas aparecían más recientes, sabía que, cuando alcanzase el monte, ya sus enemigos se habrían internado en él, tomando posiciones ventajosas para batirle.

Desalentado, frenó el ya cansado trote de «Stard». El noble animal había realizado un esfuerzo supremo y se encontraba agotado, cosa que debía remediar si quería luchar con ventaja contra aquella trágica horda.

Se detuvo, buscó un macizo de árboles cercanos y se apeó junto a un arroyo. No permitió que el caballo bebiese más que lo preciso para calmar un poco su sed, y frotándole con hierba seca para borrar el sudor, le obligó a descansar para, al cabo de un rato, permitirle de nuevo que bebiese en el arroyo.

También él bebió con ansia, y satisfecha la sed, se sentó sobre la hierba, extrajo su pipa, la encendió y se puso a reflexionar sobre lo que le convenía hacer.

Presumía que Buck no dejaría de contar con una persecución enconada, y si así era, lógicamente no quería hacerle el juego, sino jugar el suyo más favorable.

Lo más seguro era que, no habiendo podido borrar sus huellas, se aprestasen a dar la batida en el monte estableciendo una mortal vigilancia en los pasos más factibles de cruzar, y traspasar semejante barrera escalonada lo estimaba suicida.

Tenía que atacarles a contrapelo, y lo mejor era no hacer lo que ellos se figurarían que haría, sino todo lo contrario.

Tras él, aunque a larga distancia, galopaban dos docenas de hombres animosos, pero poco expertos en tal clase de lucha, y posiblemente, al continuar el rastro, no dudarían en meterse en aquella trampa para dar la batalla en terreno tan poco propicio, aunque acaso el número les facilitase la labor y les ayudase a

empujar a los forajidos al otro lado del monte.

Esto, que era muy posible, le hizo concebir un plan que acaso tuviese éxito y, sin dudarlo, tomó su lápiz y un pedazo de papel, cosas que siempre llevaba encima, como igualmente su bolsa impermeable para el revólver y las balas, y escribió en él:

> «Muchachos: cuidado al penetrar en las cortadas, que seguramente estarán bien defendidas. No os introduzcáis por los pasos fáciles; vigilar las alturas y ganarlas por lugares difíciles para evitar las emboscadas. Facilitaréis mi labor si pudieseis empujarles fuera del monte por el lado contrario. Animo, valor, prudencia y suerte.
>
> Sol.»

Clavó el papel en un árbol visible y, montando de nuevo a caballo, se alejó hacia el Oeste, dejando a su izquierda los montes Valley.

Cuando los perdió de vista, enderezó el rumbo cuarteando y rodeó la montaña buscando la salida. A poca distancia de ella existía un poblado llamado Leeds, al que le interesaba llegar, pues suponía que, en caso de retirada forzosa, Buck y su cuadrilla recalarían en él, si no les servía de cuartel general para hacerse fuertes.

Era noche cerrada cuando dio vista al poblado, que no era un lugar populoso, sino un conglomerado de casas de adobe, con un centenar de habitantes poco más.

Leeds se hallaba sumido en el silencio y las sombras, pero brillaban algunas luces entre el hacinamiento de casuchas, y Sol supuso que se trataba del par de tabernas con que contaba el pueblo.

Como su táctica no era darse a ver ostensiblemente para llamar la atención sobre su persona, en lugar de penetrar en el poblado de manera llamativa, dejó su caballo trabado a un árbol en las afueras del pueblo y, silenciosamente, se deslizó por entre unos terraplenes que encerraban la senda hacia el interior.

Había avanzado unos cuantos metros cuando se envaró, llevando la mano al revólver. Acababa de descubrir algo extraño que proyectaba una sombra humana sobre la senda y, deteniéndose, se pegó al terraplén y avanzó cautelosamente.

Pero pronto sufrió un extraño asombro al descubrir el objeto que había llamado su atención.

Un viejo cedro dejaba asomar sus retorcidas ramas por encima

de uno de los terraplenes, proyectándola hacia el sendero, y de él pendía un cuerpo flácido que, a simple vista, parecía un hombre, aunque por lo grotesco más se asemejaba a un pelele.

Sol avanzó y, más cerca, pudo apreciar que pendía de la rama colgado de una cuerda, pero no se veían facciones acusables, sino un sombrero hasta lo que podía considerarse el cuello y un cuerpo tosco y escurrido.

Intrigado, buscó la forma de subirse al terraplén y por fin, logró situarse junto a la rama, la que curvó hacia él hasta acercar el bulto a sus manos.

Fue entonces cuando comprobó que se trataba de un tosco pelele fabricado con paja y vestido con unos harapos de *cowboy*.

Iba a soltarla, preguntándose qué objeto tendría aquella broma macabra de ahorcar un pelele, cuando sus dedos tropezaron con un grueso papel que el pelele tenía clavado sobre la camisa, y arrancándole, trató de leerlo.

Su excelente vista le permitió descifrarlo a la luz de la luna, y una sonrisa siniestra floreció en los contraídos labios de «el Vengador».

El papel decía escuetamente:

«En este mismo lugar, y ante sus amigos y compañeros, Buck Barrymore ha jurado traer el cuerpo, vivo o muerto, de Sol «el Vengador» y colgarle de la rama de este árbol, para vengar la muerte de los de su clan».

«Como testimonio vivo de su promesa, este muñeco permanecerá aquí en señal de juramento hasta ser sustituido por el hombre a quien más odia en el mundo,

Buck Barrymore.»

Sol guardó el papel sustituyéndole por otro más lacónico que decía:

> «Sol King, «el Vengador», acepta el reto y promete, por la memoria de su padre, ser él quien cuelgue de esta misma rama al cobarde y salvaje Buck Barrymore».
>
> «El Vengador».

Clavó el cartel en el pecho del muñeco y lo soltó, dejándole pender trágicamente en el vacío. Acababa de descubrir su presencia, cuando su idea era ocultarla, pero aquel reto burlón y mortal no podía pasarlo por alto sin dar la debida réplica a los ojos de todos

los que estuviesen interesados en aquel duelo salvaje.

Satisfecho de su decisión, descendió del terraplén y, con el revólver empuñado, continuó avanzando. Ahora sabía que aquel poblado era feudo de su mortal enemigo y debía caminar con pies de plomo dentro de él, pues cada habitante podía ser un enemigo más.

Las callejas del pueblo, polvorientas y sombrías, se hallaban desiertas, y Sol, pegado a las paredes de adobe para ampararse más en la sombra y con el revólver empuñado, avanzó hasta alcanzar la única calle, un poco más ancha y decente de aquel villorrio.

Hacia el promedio y haciendo esquina a un callejón sin salida formado por un vano entre los desmontes se filtraban las luces de petróleo del interior de uno de los barracones, y Sol adivinó, sin mucho esfuerzo, que se trataba de una taberna.

Pasó rozando la puerta sin intentar la entrada y dio la vuelta para reconocer el terreno.

Donde moría el edificio empezaba una empalizada medio derruida, que se corría en rampa siguiendo la línea del terraplén, hasta morir en él. El interior lo formaba una corraliza sucia y llena de cajones, barriles y utensilios medio podridos por el agua y el sol.

Sin gran esfuerzo, saltó por la parte más baja de la empalizada valido del desnivel del terreno y penetró en la corraliza. En un rincón, amparada por una tejavana de pedazos de lata, dormía una mula huesuda.

A la derecha descubrió una puerta mal cerrada y, acercándose, la abrió con cuidado para que no hiciese ruido, alcanzando un tubo estrecho que olía a humedad, a cuyo fondo, una burda cortina impedía el paso completo de luces encendidas al otro lado.

Sol supuso que aquella cortina cerraba el paso a la taberna, y con sumo cuidado, para que sus botas no crujiesen al andar denunciando su presencia, avanzó. Por fin consiguió acercarse a la cortina y, por las dos ligeras rayas que formaba junto a las jambas, echar un ligero vistazo al interior, aunque lo que pudo ver a través de aquellas mirillas fue muy escaso.

Había algunos individuos sentados ante dos mesas jugando a los naipes, pero no pudo abarcar el mostrador, ni el resto de la clientela, que no debía ser muy numerosa.

Una voz ronca, muy cerca de la cortina, hablaba con acento pesado y pastoso. Debía ser un individuo harto de alcohol, a quien la lengua se le trababa rudamente. El dueño de aquella voz rota clamaba:

—¿Me oyes, Powder, tabernero del demonio? Te he dicho, que

me des otro vaso de *whisky* para matar el tiempo. Ese idiota de Buck tarda más de la cuenta en regresar y tengo el gaznate que es un esparto reseco.

—No bebas más, Hank—replicó el tabernero—. Buck me dio orden de que no os dejara emborracharos y… ya sabéis cómo las gasta cuando se enfada. Además, ya no puede tardar, a menos que haya fracasado en su intento.

—¿Quién? ¿Buck fracasar? ¡Tú no le conoces! Yo trabajé con él en Nevada y era un demonio en todo lo que se proponía. Una vez… bueno, no tengo la garganta para cuentos, pero si yo te dijese cosas suyas… Por eso he vuelto a su lado. Tengo un negocio magnífico de ganado en Glendale, junto al río, que va a ser cosa buena. Un rancho solitario, en un cañón, con más de cinco mil reses. El golpe será fantástico; así es que, para celebrarlo por adelantado, dame otro vaso.

—No te pongas pesado, Hank, que no te lo doy. Bastantes disgustos he tenido con Buck y no quiero más. La primera vez que apareció por aquí y le invité a salir, quiso prender fuego a mi establecimiento y no quiero que repita la idea. Si quieres enfrentarte tú con él, hazlo por tu propia cuenta.

—Bueno, lo haré. Dame el vaso y diré… diré que yo te lo he robado…

—Te digo que no…

Hank, con la tozudez de los borrachos, alargó la mano y tomó del mostrador una botella. El tabernero quiso arrebatársela y, como no lo consiguiera, saltó del mostrador y se arrojó sobre él. Hank, furioso, quiso darle con la botella en la cabeza, cosa que Powder pudo evitar con un rápido movimiento, y entonces, furioso, aplicó un directo tan terrible en el mentón del borracho, que le mandó dos metros atrás, donde cayó privado de conocimiento.

Alguien soltó una carcajada, diciendo:

—¡Buen golpe, Powder!… Me parece que va a estar durmiendo hasta que venga el jefe.

—Y si no, peor para él.

El tabernero se acercó al caído, le arrebató el revólver que guardó debajo del mostrador y luego, tomando a Hank como a un pelele, antes de que Sol pudiese precaverse de lo que iba a suceder, elevó el cuerpo, lo agitó en el aire y lanzándole como un pelele a través de la cortina hacia el pasillo, gruñó:

—Que duerma ahí a lo húmedo la borrachera.

El cuerpo de Hank pasó rozando a Sol para caer en tierra casi a sus pies, y por un milagro, la cortina al abrirse para dar paso al

cuerpo, no puso al descubierto al audaz aventurero.

Este se echó hacia atrás rapidísimo y se pegó a la pared. La cortina volvió a caer y nadie se molestó en entrar a ver dónde ni cómo había caído el beodo.

Sol, que había sufrido una gran impresión por lo imprevisto de la escena, esperó varios minutos con el revólver tenso entre sus dedos, dispuesto a acoger a tiros al primero que penetrase, pero pronto se tranquilizó… Los clientes gastaron varias bromas a costa del caído y alguien pidió *whisky* para celebrar la solidez de los puños de Powder.

Este volvió tras el mostrador para servir lo pedido y Sol concibió una idea diabólica.

Arrastró el cuerpo del borracho hasta la corraliza, y luego, izándole entre sus poderosos puños, le sacó fuera de la cerca, dejándole sobre el terraplén. Inmediatamente saltó y cargándoselo sobre la espalda se apresuró a abandonar el pueblo con su presa.

Alcanzando el lugar donde había dejado a «Stard», atravesó sobre la silla al dormido y se alejó hacia un terreno quebrado que se distinguía a cosa de un cuarto de milla. Retendría a Hank hasta que volviera en sí, y luego le proporcionaría una sorpresa muy desagradable al volver a la vida. Aquel tipo debía saber muchas cosas de Buck y tendría que soltarlas antes de verse colgado de un roble.

Y riendo al pensar en la impresión que sufrirían en la taberna cuando echasen en falta el cuerpo de Hank, se alejó silenciosamente hacia su futuro escondite.

CAPÍTULO III

BUCK RECIBE UNA SORPRESA



EDIADA la noche, Hank empezó a dar señales de vida. Sol le había amarrado bien, dejándole en un hoyo del terreno mientras él subido en lo alto de una piedra, vigilaba la parte llana que conducía al poblado y no perdía de vista al beodo.

Este gruñó varias veces de modo inconsciente, luego abrió los ojos, asombrado, sin reconocer el lugar. Más tarde, como le doliese horriblemente la mandíbula, trató de llevarse la mano a ella, pero por más que forcejeó no pudo librarla de algo que la retenía a su otra mano, y, por fin, enfurecido, hizo un esfuerzo y se pudo incorporar gruñendo:

—¿Qué diablos de broma es ésta, tabernero del infierno? No me conoces a mí si crees que conmigo se puede jugar de este modo. Ya estás quitándome esto, o te juro que te clavaré tantas balas como pueda disparar en media hora.

Como no recibiera contestación se enfureció, lanzando terribles amenazas. Los efectos del alcohol se le habían pasado y ahora era un animal feroz, ansioso de venganza.

Cuando Sol se cansó de oírle, saltó de la piedra, presentándose ante él, con gran estupefacción del rufián, y con frío acento, ordenó:

—Haga el favor de no gruñir de esa manera que hay enfermos en la casa y pueden molestarse.

Hank le miró idiotamente y balbució:

—¿Enfermos dice?

—¡Oh, claro! Los lagartos y las tarántulas que se han envenenado con su aliento y tuve que acostarles para que se repusiesen... ¿No lo comprende?

Hank, al darse cuenta de la broma, se debatió salvajemente sin conseguir librarse de las ligaduras y rugió:

—¿Quiere soltarme, o prefiere que lo haga yo mismo y luego le deshaga a tiros...? Para broma ya está bien...

—No hay broma, amigo Hank. Es una realidad un poco trágica para usted, pero realidad. Pruebe a ver si es usted capaz de soltar un nudo que haya echo Sol King, «el Vengador».

Hank, al oírle, emitió un rugido de fiera impotente y clamó aterrado:

—¿«El Vengador» ...? ¿Usted?

—¿No me conoce? En ese caso tengo mucho gusto en presentarme a usted. Necesito que charlemos un ratito de cosas muy interesantes, y espero que ahora, con el aire de la noche, tenga la cabeza un poco más fresca que la tenía haca un rato en la taberna, cuando Powder le sacudió ese magnífico puñetazo que le envió a dormir.

Hank, al recordar el golpe, barboteó:

—¿Powder? ¡Maldito sea su corazón! Cuando le eche la vista encima le juro que...



Hank, con la tozudez de los borrachos...

—No jure cosas imposibles. Eso pasó a la historia. Ahora tiene que habérselas conmigo, que soy un poco más duro que el tabernero, y debe prepararse para ello. Vamos a hablar un rato de Buck Barrymore, de su cuadrilla, de ese magnífico golpe que piensan dar en el rancho del «Cañón Perdido», cerca de Glendale, y de algunas otras cosas más.

Hank le miraba asombrado. No se explicaba cómo estaba al

tanto de tantas cosas y el pánico empezó a trabarle la lengua.

—Yo... yo... nada tengo que decir.

—Eso lo acordaremos ahora, amiguito. Para los que tienen la lengua fuerte y la memoria atrasada, poseo yo ciertos remedios indios muy agradables. Sé clavar estacas entre las uñas, quemar las plantas de los pies a fuego lento, colgar a un tipo de las muñecas rozando con los pies la tierra sin que pueda apoyarlos en ella y una variedad de festejos que harían las delicias del comanche más refinado. Te doy a elegir el suplicio que más te agrade, en el caso de que no estés dispuesto a hablar.

El rufián había palidecido al oír la enumeración de castigos que pensaba aplicarle, y rugía como una fiera herida, asegurando que no sabía nada y que sólo era amigo de Buck por haberle conocido en Nevada.

—¿Cuánto tiempo hace que perteneces a su asquerosa cuadrilla?

—Yo no pertenezco a ella. Ya le digo...

—No me digas nada. Te oí en la taberna y sé que esperabas a que Buck regresase de dar un golpe cobarde. Pretendía asesinarme el día de mi boda, pero... ya ves, estoy aquí vivo y dispuesto a acabar con él y con todos vosotros.

—Yo le esperaba—dijo el rufián—, pero no sabía a qué lugar había ido. Me dijeron...

—Basta de mentiras. ¿Cuántos hombres componen su cuadrilla y dónde están los que no han ido con él?

—No lo sé... Le repito...

Sol, sin hacerle caso, eligió un árbol próximo, pasó una recia cuerda por una rama saliente y luego, acercándose a Hank, dijo:

—Voy a ver cómo bailas «el *cowboy* triste», con las manos pendientes de ese árbol.

El bandido se estremeció y gritó angustiado:

—¡No, no!... ¡Hablaré!

—Pues date prisa, que el silencio prolongado me hace daño al oído.

—Se ha llevado casi todos. Sólo ha dejado aquí media docena de los que menos confianza le inspiran. Pensaba estar de vuelta esta noche.

—¿Y luego?

—Necesita dinero. Ha empezado hace poco a ser jefe y todavía no ha dado un golpe medio decente. Para sujetar a la gente que tiene precisa echarles carne entre los dientes. Me mandó hacer una inspección por los alrededores para intentar un buen golpe. El rancho del «Cañón Perdido» es magnífico para ello. Se pueden sacar

las reses por un atajo que sale a los cañones y pasarlo al otro lado del río, haciéndole llegar a la frontera de Arizona. Un golpe de unas quinientas reses sin mucho ruido de «ferretería»...

—¿Tiene su cuartel general en Leeds?

—Sí, le gustó el pueblo. Está bien situado para escapar por varios sitios a la vez y no le costó mucho trabajo imponerse. No hay gente bronca para la pelea.

—¿No tienes más que decirme? —preguntó Sol.

—No, le juro que no. Es cuanto sé... Y ahora supongo que después de estos informes me dejará marchar. Yo le prometo largarme otra vez a Nevada y...

—No te molestes, Hank. Aquí y en Nevada serás un indeseable, siempre dispuesto a toda clase de latrocinios. Mi misión es acabar con los de tu calaña y más cuando perteneces al clan de ese cobarde ruin. Haré un favor al Oeste mandándote al infierno y le causaré una nueva preocupación al diablo con tu llegada.

Hank, indignado, empezó a vociferar insultándole terriblemente; pero, Sol, para hacerle callar, le dio un culatazo en la cabeza y luego le taponó la boca con un buen puñado de hierba muy prieta.

El bandido se revolcó sobre la tierra como un reptil, hasta que, dolorido de tanto esfuerzo, se quedó quieto, con los ojos dilatados y la respiración tremante.

Se estaba preguntando Sol qué haría con él, cuando a la luz de la luna distinguió por la parte llana, al otro lado de la senda que se encajonaba entre taludes, un grupo de jinetes que avanzaba a todo galope, buscando la senda. Al llegar a ella tuvieron necesidad de alargarse en fila para poder pasar con más desahogo y Sol pudo contarlos al cruzar.

Eran catorce, y se dijo que le parecían menos que cuando irrumpieron en el poblado para tirotearle, pues entonces creyó contar docena y media.

Los jinetes fueron saliendo a descampado. Algunos se inclinaban sobre los cuellos de sus monturas y uno, al tropezar su caballo con una piedra, saltó de la silla y cayó rodando a tierra, donde quedó tendido sin que nadie se preocupase de él, mientras su cabalgadura seguía tras el grupo cojeando al trotar.

Sol creyó adivinar lo que había, sucedido. Los peones de Pine debían haber penetrado en las cortadas siguiendo su consejo y sin duda se entabló un combate, en el que los forajidos de Buck debieron perder una parte de sus componentes.

Esto alegró a Sol. Cuantos menos fuesen quedando, más fácil sería batirles. Cierto que aún le quedaban algunos de repuesto en el

poblado; pero, al parecer, eran los menos útiles, y su ayuda no significaría gran cosa. El grupo penetró en el poblado y Sol no pudo ver más, pero supuso que se dirigirían a la taberna.

Esto le hizo recordar a Hank que seguía tumbado en tierra y una idea diabólica acudió a su mente. Buck se extrañaría de la ausencia injustificada del forajido y le buscaría intrigado. Él iba a ponérselo delante de los ojos, pero de una manera que hiciese estremecerse de rabia y de pánico al cobarde jefe.

Cargó con el cuerpo del rufián y lo atravesó sobre la silla, abandonando su refugio. Luego, dando un rodeo para no mostrarse a la vista del poblado, alcanzó la senda encajonada, y cuando llegó al pie del roble donde pendía el muñeco ahorcado, se detuvo.

Dejó en tierra el cuerpo de Hank y, señalando el grotesco pelele, exclamó:

—Aquí es donde tu amigo Buck pretende colgarme. Mientras lo consigue, voy a proporcionar compañía a mi grotesca y anticipada efigie. Te colgaré al lado del muñeco para que le des guardia y me esperes hasta que me traigan cualquier día... del próximo siglo.

El bandido, al oírle, se retorció como un sarmiento al fuego; pero Sol, sin piedad alguna, tomó una larga cuerda de las varias que siempre llevaba en la bolsa de su caballo y la pasó por la rama, colgándose de ella para probar su resistencia.

Cuando observó que admitiría, sin rasgarse, el cuerpo del rufián, le pasó un nudo corredizo, le empujó hasta colocarle debajo de la rama y bruscamente tiró de ella.

Hank se vio suspendido en el vacío. Se agitó como una trucha al ser sacada del agua prendida del anzuelo, y luego, tras varios violentos estertores, quedó rígido junto al muñeco.

Sol trepó al terraplén, ató el cabo al tronco del roble y sobre un papel escribió simplemente:

«Recuerdo de «el Vengador».

Para prender el papel en el pecho del ahorcado, tuvo que arrastrarse a lo largo de la rama y poder alcanzarle. Luego descendió, montó a caballo y, tras un momento de duda, decidió volver al punto donde había estado escondido.

Posiblemente le creerían camino del poblado, y si se decidían a buscarle, lo harían en aquella dirección. El escondite era bueno, pues podía defenderse muy bien en él en caso de ataque. Por otra parte, se hallaba próximo al cuartel general de Buck, y en última instancia, si los peones de Pine se decidían a atacar el poblado

buscando a los rufianes, podía unirse a ellos y ayudarles a dar la batida.

Por todas estas consideraciones, decidió regresar a dicho lugar, pero, antes de hacerlo, se apeó del caballo y fue borrando las huellas de su paso en aquella dirección.

* * *

Las presunciones de Sol respecto a Buck no estaban faltas de lógica. El bandido habíase retirado a marchas forzadas hacia las estribaciones del monte, seguro de que sería perseguido por una gran cantidad de enemigos, los cuales, pasado el primer momento de estupor, debían reaccionar, ansiando vengarse.

Buck se retiró rabioso, pues pudo comprobar que, a pesar de la sorpresa, la suerte se había puesto de parte de su enemigo y éste no había caído en las cerradas descargas lanzadas contra el grupo. Esto le puso de un humor imposible; pero, pasado el primer momento, era muy peligroso volver sobre sus pasos e iniciar un ataque cara a cara que le hubiese sido fatal, pues en la plaza el número de *cowboys* que se había reunido era en una proporción de diez a uno contra su cuadrilla.

Por ello, sospechando que Sol organizaría una persecución enconada, obligó a sus hombres a reventar los caballos para alcanzar el monte, y cuando casi pisándoles los cascos a sus caballos llegó a las cortadas, se apresuró a distribuir sus rufianes en los sitios más estratégicos, no sólo para detener el ataque, sino para cazarles a traición.

Pero el prudente aviso que Sol dejara escrito en el árbol hizo que los perseguidores siguiesen el consejo, y así, cuando se estableció el contacto, la ventaja ya no era de Buck sino de sus enemigos.

El siniestro jefe, al darse cuenta de ello, dio orden de batirse en retirada, y aunque conocía bien el monte, no pudo evitar que cinco de sus hombres cayesen en el tiroteo.

Pero por senderos sólo de él conocidos, logró dejar atrás el árido terreno y alcanzar el poblado cuando casi estaba amaneciendo.

Aun perdió a las puertas de Leeds uno de los forajidos que se retiraba herido gravemente, pero llegó con el resto de su cuadrilla a la taberna cuando ya Powder se disponía a cerrar.

No satisfizo mucho al tabernero el semblante del forajido. Llegaba pálido y contraído, y en sus ojos ardía la llama de la más rabiosa desesperación.

Como una tromba se dirigió al mostrador, gritando:

—Saca *whisky*, ¡maldito sea el infierno!, que llegamos secos...

El tabernero sirvió varias botellas, comentando:

—No parece que vienes muy contento, Buck... ¿Acaso se dio mal la caza?

—¡No me hables, maldito sea mi corazón! Tengo a mis órdenes unos pistoleros de pega. Docena y media de hombres disparando sobre un mismo objetivo y ninguno tuvo una bala certera para darle.

Uno de sus hombres, gruñó:

—Empezando por ti, Buck. Tú le conocías y nosotros no...

—Sí, es cierto; ese maldito sapo estaba bien guardado entre tanta gente. Me consuelo pensando que le clavamos una bala a ese idiota de *sheriff*. También con él tenía una deuda que saldar.

—¿Y ahora? —preguntó el tabernero.

—Ahora tendremos que abandonar esto por algún tiempo. Me temo que nos rastreen, y son muchos. La batalla la daré cuando a mí me convenga y donde me convenga...

Miró a los que se le habían reunido y echando de menos a alguien, preguntó:

—¿No ha venido Hank?

El tabernero sonrió y dijo:

—Por ahí dentro le tienes. Debe estar hocicando la tierra en busca de hormigueros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Buck.

—Nada, que bebió más de la cuenta y pretendió beber aún más. Como me negué, quiso arrebatarme una botella y tuve que aplicarle una caricia en el mentón para que se durmiera un rato. Por ahí dentro le he tirado como a un guiñapo.

—¡Maldito borracho! Es buen elemento cuando no está muy bebido, pero cuando se excede, hace y habla por catorce. Ya le diré yo a él cuatro cosas...

Levantó la cortina y Powder advirtió:

—Ten cuidado no le aplastes la cabeza al entrar. Está en el pasillo.

Buck buscó sin encontrar nada y, asomando la cabeza, gruñó:

—¿En qué pasillo, maldita sea tu estampa? Aquí no le veo.

—Cómo que no, si yo...

Powder penetró tras él y buscó por el pasillo, pero no pudo encontrarle. Asombrado, repuso:

—Se habrá repuesto del golpe y estará durmiendo en la leñera.

Salieron a la corraliza y buscaron por todas partes sin hallar rastros del beodo.

—¡Maldita sea su estampa! —rugió Buck—. ¿Dónde andará metido ese sapo?

—Es chocante—dijo el tabernero—. ¿No se habrá largado para trabajar por su cuenta?

Buck se envaró al oírle. No tenía mucha confianza en el rufián, pues sabía que si le había buscado para el negocio del rancho del «Cañón Perdido» lo había hecho porque carecía de hombres suficientes para dar el golpe él solo.

—¿Habrá sido capaz el muy cerdo? ¡A ver si ha creído que no iba a volver de la excursión! Como eso sea verdad…

Salió furioso a la taberna, ordenando:

—Hacer una descubierta por ahí a ver si localizáis a Hank… Ahí dentro no está…

Uno preguntó:

—¿Habéis mirado si falta su caballo?

Descendieron la calle hasta un cobertizo donde Buck hacía encerrar los caballos de su cuadrilla. El de Hank se encontraba allí.

—Es raro—exclamó Buck inquieto—. ¿Dónde puede haber ido sin montura? Buscadle, ¡por el infierno!

Los forajidos se diseminaron por los alrededores del poblado, buscando por todos los sitios viables, e incluso algunos se alejaron más allá de los arrabales.

Un par de ellos se encaminaron al azar hacia la senda que se encajonaba entre los taludes. No les guiaba ningún objeto determinado si no era registrar todo el terreno posible.

Al echar un vistazo por ella a la incipiente luz del sol que ya empezaba a apuntar, uno de los forajidos quedó tenso en el caballo y, mirando a lo alto, exclamó excitado:

—Mira hacia allí, Sam… ¿qué ves?

—¡Por Judas! —exclamó Sam—. Veo… ¡Allí hay colgado alguien más que el muñeco que dejó Buck!

—¿Cómo puede ser posible? Vamos a ver qué es…

Adelantaron los caballos por la senda pasando debajo de la rama, y al volver la cabeza lanzaron un rugido de rabia: el muñeco seguía colgado de la rama, pero junto a él pendía rígido el cuerpo de Hank, al que reconocieron rápidamente.

Dando terribles gritos de alarma, llamaron a Buck. Este, creyendo que eran atacados, salió de la taberna con los revólveres empuñados, al tiempo que varios de sus hombres, alarmados por los gritos, se le unían.

—¿Qué diablos sucede? —clamó el forajido.

—Allí… jefe… en la rama… junto al muñeco… está… está

ahorcado el cuerpo de Hank.

Buck salió corriendo hacia la senda seguido de muchos de sus secuaces, y cuando llegó al terraplén comprobó que no se habían engañado.

Buck, densamente pálido, distinguió los letreros que pendían de los muñecos y, trepando al terraplén los arrancó para leerlos.

Bufidos de furor se escapaban por sus contraídos labios. La réplica a su burla había sido trágica, y el reto no sólo estaba admitido, sino vuelto a lanzar por el hombre más audaz y más temerario de todo el Oeste. A pesar de la dureza de aquellos hombres, una terrible inquietud empezó a apoderarse de ellos. Cuando estaban convencidos de tener muy a la espalda al «Vengador», éste, cínicamente, se había adelantado a ellos no se explicaban cómo y no sólo se había burlado de su reto, sino que se había apoderado de uno de sus hombres, ahorcándole impunemente.

Buck, desencajado y espumeando de rabia, se dirigió a la taberna y tomando a Powder del cuello de la camisa, vociferó:

—¿Cuándo ha estado aquí «el Vengador»? ¡Habla o te levanto el cráneo a tiros!

El tabernero, aterrado, replicó balbuciente:

—¿Estás loco, Buck? Aquí no ha estado ese tipo. Lo pueden atestiguar tus hombres que no se han movido de la taberna en toda la noche.

—¿Sí? Entonces, ¿cómo se han llevado a Hank privado de sentido y le han ahorcado sin que se pudiera defender?

Powder se puso lívido y replicó:

—¡No es posible!… Te juro que aquí no entró nadie…

Buck penetró en la corraliza y se dedicó a examinar el terreno. Pronto descubrió las huellas del paso de Sol por la cerca y, rugiendo de furor, gritó:

—¡Por aquí entró, malditas sean sus entrañas! Se ha burlado de todos nosotros, pero le juro que me las pagará… He prometido acabar con él y lo conseguiré, cueste lo que cueste.

Luego, dirigiéndose a sus hombres, exclamó:



Un grupo de tres vaqueros intentó penetrar...

—Prepararos para marchar. Ese tipo se habrá reunido con nuestros perseguidores y no tardarán en regresar. Sol conoce nuestra guarida.

Los forajidos se apresuraron a preparar sus caballos y, minutos más tarde, toda la cuadrilla se lanzaba a galope hacia el Este, con dirección al río Virgin, desapareciendo entre el polvo de la pradera.

Sol, que vigilaba atentamente casi seguro de que registrarían los alrededores, sonrió satisfecho de su estratagema. Buck le creía lejos del poblado y temeroso de un ataque en masa de todos los peones de Pine, se alejaba prudentemente de Leeds.

Por un momento pensó en quedarse. Estaba seguro de que, no tardando mucho, sus amigos descubrirían la pista de los pistoleros e irrumpirían en el poblado, pero temeroso de perder las huellas de Buck, se decidió a seguirle.

Era una locura hacerlo solo, pero peor era dejarle escapar, sin el castigo merecido.

Esperó a que hubiesen desaparecido en la lejanía y, cuando se consideró seguro de no ser visto, abandonó su refugio y se lanzó tras las huellas de los huidos.

Una hora más tarde, más de treinta jinetes, galopando furiosamente, penetraban en el pueblo como un alud.

Al pasar por la senda habían descubierto el cadáver de Hank colgado del roble, así como el muñeco y los escritos de Sol, que

Buck había tirado a tierra con ira. Esto les ratificó en su creencia de que aquel era el refugio del bandido y, como fieras, registraron todas las casas del poblado, amenazando a sus moradores con acribillarlos a tiros si no les decían dónde habían huido sus enemigos.

Nadie sabía o no quería saber nada. Todos alegaban no haberles visto, y los peones, furiosos, se dirigieron a las tabernas del poblado dispuestos a averiguar la verdad.

Powder, al verlos avanzar por la calle principal como una terrible ola devastadora, adivinó que algo trágico iba a suceder, y parapetándose tras el mostrador, empuñó su revólver y el que había arrebatado a Hank, y esperó.

El grupo se detuvo en la puerta y alguien gritó:

—¡Aquí, muchachos! El sapo que regenta este antro nos tiene que decir la verdad o le colgaremos junto con aquellos otros de la senda.

Un grupo de tres vaqueros intentó penetrar a un tiempo en la taberna, pero al abrir la puerta dos revólveres tronaron siniestramente, y dos de los peones cayeron a tierra alcanzados por las balas.

Un clamor de rabia e indignación atronó la polvorienta calzada, y docenas de revólveres tronaron desde distintos ángulos de la calle, concentrando sus fuegos sobre el interior de la taberna, donde Powder, rabioso, disparaba parapetado tras el mostrador, imposibilitando el asalto.

Alguien tuvo la idea de dar la vuelta y asaltar la cerca, penetrando sigilosamente por la corraliza. El tabernero, ciego por la rabia y el pánico, no pensó en esta posibilidad y seguía atento a la puerta, disparando alocadamente.

Pero, súbitamente, una mano armada de revólver asomó por la juntura de la cortina y vibró un disparo. Powder, alcanzado en la cabeza, cayó detrás del mostrador con ruido sordo, y la alegre voz de un vaquero, gritó:

—¡Adelante, muchachos!... Este reptil ya no clavará más sus dientes de plomo a nadie.

Los peones, rabiosos, penetraron en la taberna y tomando el cadáver del tabernero le sacaron del mostrador, colocándole en el centro. Uno gritó:

—Rociarle de alcohol y prenderle fuego. Que arda este maldito antro hasta no quedar de él ni las cenizas.

Pronto el alcohol, un bidón de petróleo y banquetas destrozadas, formaron una pira junto al cadáver. Alguien, desde fuera, arrojó

una rama ardiendo y la taberna empezó a arder siniestramente.

Locos de furor por los dos muertos que dejaban allí, no se conformaron con aquello y nuevas hogueras empezaron a arder a lo largo de la calle, sembrando el terror entre los habitantes del poblado.

Cuando vieron la calle principal convertida en un prolongado brasero y a los habitantes huir hacia las cortadas, el que capitaneaba el grupo gritó:

—Ahora, a buscar las huellas de esos chacales… Tenemos que encontrarlas y seguirles hasta el fin del mundo… Sol debe seguirles los pasos y no podemos dejarle solo frente a tanto pistolero.

Se desparramaron por el valle buscando, hasta que uno logró localizar el rastro. Avisados los demás, se unieron a él y, a galope tendido, se lanzaron hacia el Este, mientras a su espalda, a la luz esplendida del sol, se alzaban como rojas saetas las llamas del incendio.

CAPÍTULO IV

EL JINETE FANTASMA LLEGA A TIEMPO



UCK, cuya furia le hacía aún más salvaje que era, caminaba en vanguardia de sus hombres, mirando continuamente a su espalda con temor. No era un cobarde, pero sabía que se habían reunido muchos hombres también valientes para batirle, y cuando las circunstancias lo aconsejaban, también sabía mostrarse precavido.

Habían dejado muy atrás el pueblo cuando, dirigiéndose a un tipo alto y delgado, con una extensa cicatriz que le marcaba del ojo derecho a la boca, dijo:

—Escucha, Tony, estamos dejando detrás un rastro peor que el de una manada de búfalos.

Tony, que asumía el cargo de segundo de Buck, contestó:

—Eso estaba observando, pero esperaba que te serenases un poco para hacértelo comprender. Tú eres un hombre valiente, pero muy impulsivo y nervioso… Te costará muchos disgustos ser así.

—No lo discuto, pero no me vas a cambiar a los treinta años…

—Por eso mismo te he dejado. Hay que borrar este rastro que seguramente buscarán.

—Sí, y si es peligroso llevar a la zaga cincuenta *colts*, también es peligroso que nos sigan hasta Glendale y nos frustren ese precioso golpe. Debemos darle mientras nos buscan y después… volver cuando se hayan cansado.

—En ese caso, lo mejor es echarnos a la derecha y alcanzar otra vez el monte. El terreno es de esquisto y a la media hora de caminar por él, sabiendo elegir los sitios, no hay quien encuentre la pista. Incluso, si nos conviene, podemos permanecer escondidos unos días y cuando cansados de buscar se vuelvan de nuevo, podemos alcanzar la llanura y salir a la orilla del Virgin, algunas millas más adelante.

—Estás en lo cierto, Tony. Vamos a meternos en esos riscos del demonio.

Buck dio una orden y el pelotón derivó a su derecha, buscando las estribaciones del monte, por el que se internaron.

El forajido conocía muy bien aquella parte del terreno y no tardó mucho en conducir a su gente por trochas y cañones mareantes, capaces de despistar al más ducho en seguir rastros.

Por su parte, Sol, temeroso de que alguien caminase a retaguardia para vigilar, se mantuvo a una larga distancia de sus enemigos sin pretender alcanzarles. Adivinaba hacia dónde se dirigían, y mientras dejasen tras ellos aquellas huellas tan terribles no sentía temor alguno de que se le perdiesen.

Pero cuando llevaba caminando más de dos horas, observó que las huellas derivaban a la derecha y su frente se nubló. Si los bandidos se internaban en el monte, la tarea de localizarles iba a ser más dura y peligrosa. Pero no tenía otro dilema, y bravamente siguió el rastro hasta adentrarse por los primeros riscos.

Ya allí tuvo que examinar bien el terreno para poder precisar por dónde se habían internado. El piso duro repudiaba toda huella y sólo por la arena y tierra que habían despedido los cascos de los caballos pudo seguir en principio el camino de los forajidos. Pero pronto estas ligeras señales se fueron esfumando y llegó un momento en que se vio desorientado.

Malhumorado, detuvo a «Stard» y se apeó. Estaba cansado y agobiado de calor. El bochorno era terrible y, en el cielo, empezaban a concentrarse unas nubes negras y plomizas que no tardando mucho vomitarían agua y granizo a torrentes.

Esto acabaría de empeorar la situación, pues borraría las huellas del valle, y los peones de Pine no podrían unirse a él para ayudarle.

Aceptando la fatalidad, decidió buscar alguna cueva espaciosa que le sirviese de guarida cuando la tempestad estallase. Conocía de sobra los tornados de la región para aguantarlos al descubierto.

Por fin, tras deambular por trochas y fisuras, consiguió encontrar lo que buscaba. Un socavón enorme podría acogerle a él y a «Stard». Este socavón se hallaba abierto en el fondo de una estrecha trocha y resultaba un buen refugio, difícil de descubrir.

Buscó acomodo al caballo, recogió hojas secas en abundancia y se fabricó con ellas un lecho que cubrió con la manta y el encerado. Jamás abandonaba estas prendas, que eran casi imprescindibles en las montañas, y con ellas se preservaría del frio o del aguacero.

La tarde moría antes de tiempo a causa de las nubes que, cada vez más densas y negras, habían ocultado el sol.

Seguro de no ser descubierto a causa de la oscuridad, se atrevió a encender un pequeño fuego para asar un poco de tocino y hacerse un pote de café.

Dejaría que pasase la tormenta por aquella noche, y a la mañana

siguiente emprendería la búsqueda, escalando los lugares más altos para descubrir algo.

La alegre llama de la hoguera elevó sus saetas dentro de la estrecha fisura, reflejándose cárdenamente en las paredes, pero como éstas se hallaban muy bajas, estaba seguro de que nadie alcanzaría a distinguir el resplandor y menos el humo que tan negro como las sombras que empezaban a invadir el monte, se extendían implacables, oscureciéndolo todo.

Al borde de la cueva, con el revólver a la mano, Sol retiró el tocino y, ayudado por un pedazo de torta, lo empezó a devorar con fruición. En el lado opuesto de la pared la hoguera proyectaba su sombra con todos sus movimientos bocetados en negro, y el aventurero, distraído con la contemplación, no sintió el instinto de mirar hacia arriba.

Si lo hubiese hecho, un sobresalto angustioso hubiese sacudido todo su ser. En lo alto de un risco que dominaba la trocha se erguía una silueta delgada, tensa, grácil y elástica a la par, vestida de negro. Las alas del amplio sombrero velaban su rostro, pero, aunque así no hubiese sido, el antifaz que cubría sus ojos hasta más abajo de la nariz lo hubiese impedido.

El jinete fantasma, hermético y silencioso, parecía velar como un dios extraño por la vida de Sol King, «el Vengador».

Este, bien ajeno a la vecindad de aquel ser extraño, que tanto había luchado y expuesto por él, siguió atento a las llamas de su pequeña hoguera y, cuando tuvo el café preparado, bebió un buen pote y encendió su pipa. En aquel momento, las cataratas del cielo se abrieron en grandes manantiales para empezar a volcar agua sobre el monte, al tiempo que un frio vendaval sacudía los árboles y arbustos.

Sol, seguro en su refugio, estimó que podía dormirse sin preocupaciones. Con una noche tan cruel y en aquel refugio, nadie se cuidaría de verificar registros.

Cuando de nuevo luciese el sol, Dios diría lo que debía suceder. Se sabía aislado, pues la lluvia borraría su rastro, y sólo podía confiar en sus fuerzas, que debía reponer y economizar.

Añadió algunos troncos a la hoguera, se envolvió en la manta, cubrió ésta con el encerado y poco después se quedó dormido al arrullo del agua golpeando en los cantiles.

El jinete misterioso también desapareció como una sombra de lo alto del risco. La saeta de un relámpago boceto un momento su figura al hundirse en las sombras y ya no se le vio más, quizá porque sabiendo a Sol seguro, se había retirado también a algún

misterioso refugio.

* * *

Una sensación penosa de humedad fría y cortante despertó a Sol, quien abrió los ojos tratando de atalayar las sombras que le rodeaban, pero en vano. La oscuridad era muy densa y el agua seguía cayendo con fiereza.

Al tratar de incorporarse, apoyó las manos en la tierra y, con asombro, sintió cómo se hundían en el agua antes de tocar tierra.

Fue entonces cuando se explicó la sensación de humedad que sentía. La cueva se estaba inundando, y el agua, al llegar a su improvisado lecho, le despertó.

Se puso de pie. Las botas chapoteaban en el líquido elemento que cubría un palmo el piso. Esto le alarmó, pues el lugar que había elegido, cerrado por todos sitios menos por la entrada que hacía pendiente, era un magnifico depósito natural para embalsar el agua.

La oscuridad le encorajinaba. No se veía nada en derredor y solamente el resplandor lejano de alguna centella llevaba una ráfaga muy fugaz de azulada y tenue luz a la cueva.

A tientas, buscó a «Stard» que también chapoteaba en el agua, resoplando inquieto. Tuvo que acariciarle para que dominase su nerviosismo.

—¡Quieto, «Stard», no te alarmes! No creo que sea como para que nos ahoguemos.

La hoguera se había apagado y la manta, al recogerla, tuvo que apretarla en torcida para que expulsase el agua.

—¡Buena la he hecho! —murmuró—. ¡Y yo que pensaba pasar una noche descansada!...

El piso de la barranca no era liso al nivel de la entrada de la cueva, sino acanalado, y este contratiempo, del que se dio cuenta al intentar salir, aumentaba la dificultad, pues en el paso, la cantidad de líquido almacenado era más profunda.

Ello le obligó a no intentar salir de su refugio. Allí tardaría más el agua en subir, debido a la mayor altura.

Lo que más le preocupaba era la falta de luz que le impedía darse cuenta exacta de la situación. Si aquello duraba mucho, estaba expuesto a verse metido en una trampa, de la que iba a ser muy difícil salir.

Pasó casi una hora en aquella tensión nerviosa. De vez en vez, llegaba a él la luz lívida de un relámpago iluminando por un momento las densas tinieblas de la barranca. El agua rebrillaba un

instante como un pequeño lago, y Sol observaba que el cauce aumentaba de volumen.

Ya el agua le cubría media pierna, y como intentar la salida resultaba una locura, tenía que resignarse a seguir allí encerrado, devorando los largos minutos de aquella terrible espera.

Un ruido sordo llegaba a él acabando de alarmarle...

No era sólo el agua que se desprendía de las nubes la que le conturbaba, era el sordo caer de los manantiales que se vertían a través de las grietas y que iban a engrosar el terrible pozo.

Aquel era un peligro mucho mayor que el de la lluvia. El monte escupía el agua por todas partes, y ésta, en su huida, buscaba las grietas y, a través de éstas, los pozos naturales donde caer.

Sol se dio cuenta de este doble peligro y decidió evadirse de él. Aunque cesara de llover, el monte seguiría mandándole agua a raudales y la barranca terminaría por llenarse hasta el nivel de la entrada, que, debido a la pendiente, estaba demasiado alto.

Envolvió sus armas y municiones en la tela embreada y montando sobre «Stard» obligó a éste a abandonar la cueva, lanzándose al lago. Tenía que ganar la salida, costase lo que costase, o moriría ahogado.

El caballo relinchó angustiado y se sumergió hasta el vientre. Sol sintió cómo el agua le enfriaba los muslos por encima del remate de las altas botas, pero, atento a su salvación, no hizo aprecio de ello.

Lo malo era la oscuridad. No se veía nada, salvo los momentos en que las centellas iluminaban fugazmente el interior de la barranca, y Sol esperaba ansioso estos destellos para poderse orientar hacia la salida.

El pobre caballo, acuciado por las espuelas, avanzaba tratando de afianzarse para no caer por la elevada pendiente, que ahora, con el agua, no le prestaba apoyo para los cascos, y así, luchando con el agua, fue avanzando lentamente en una pugna tenaz para no retroceder y perder el terreno ganado.

A costa de ímprobos sacrificios, se fue acercando a la salida, pero el intento se le hacía imposible. Un verdadero torrente de agua penetraba por la estrecha boca, empujándole hacia atrás, a pesar de su resistencia. ¿Cuántas veces intentó ganar la salida? Sol no lo supo nunca, pero fueron tantas que ya «Stard» perdía su resistencia y estaba a punto de dejarse caer de costado en la enorme charca.

De repente, Sol se dio cuenta de que ya no llovía. Cierto que estaba calado hasta los huesos, pero las nubes habían cesado de soltar su carga y hasta observó que un tenue resplandor blanco se difundía en derredor, permitiéndole abarcar confusamente su

estrecho panorama.

Estaba amaneciendo. Con ello no conseguía nada práctico; pero, al menos, podía descubrir si había alguna forma de evadir aquel terrible peligro y salir de allí.

El caballo, perdiendo resistencia, se dejaba empujar hacia abajo, y a medida que se escurría, se hundía más en el pozo. Sol, al darse cuenta de ello, le espoleó para que, cuando menos, se mantuviese en aquel sitio, aunque el agua le cubría el pecho.

La luz matinal fue aumentando, las nubes se rompían a trechos, dejando filtrar resplandores amarillentos, y ahora el cuadro adquiría todos los trágicos matices que hasta aquel momento no había podido apreciar.

Estaba dentro de un verdadero lago que cada vez adquiría mayor altura. La entrada de la cueva casi se había cegado y el agua seguía penetrando a raudales por aquella maldita boca en pendiente.

Sol levantó los ojos angustiados mirando al cielo, y algo le dejó envarado sobre el caballo. Arriba, al borde de la barranca cuya pared tendría unos cuatro metros de altura, una figura negra, esbelta, con las alas del sombrero inclinadísimas sobre el rostro, le hacía señas con la mano.

—¡El jinete fantasma! —murmuró Sol con el corazón oprimido, pues jamás hubiese sospechado hallarlo en semejante lugar.

Quedó tenso con la cabeza inclinada, y entonces descubrió al jinete entregado a una extraña maniobra. Estaba atando al tronco de un árbol corpulento que crecía en el borde de la cortada dos largas y sólidas cuerdas. Cuando las tuvo bien atadas, hizo una seña a Sol y accionó para lanzarle los cabos. «El Vengador» adivinó su idea y levantó los brazos.

Uno a uno, los cabos llegaron a él, quedaban los opuestos atados al árbol. Por uno podía trepar hasta el borde del risco, pero ¿el otro, para qué?

El jinete pareció comprender su indecisión, porque le hizo un gesto expresivo con los pies, como si galopara, y Sol comprendió. El otro cabo era para dejar sujeto al caballo y poder tirar luego de él desde fuera de la barranca.

Sol saludó con el empapado sombrero, y afianzando el cabo, lo ató al arnés del caballo. Luego tomó el otro, saltó de la silla y se dejó balancear en el aire, cayendo al agua, donde flotó un momento para en seguida empezar a ganar terreno sobre la cuerda tratando de elevarse.

No resultó tarea fácil, pero cuando salió del agua y pudo apoyar

los pies en la pared de la barranca, le fue menos penoso izarse palmo a palmo hacia la altura.

Con las manos casi desolladas por las candentes rozaduras de la cuerda, llegó al borde del risco, donde se dejó caer fatigado; pero, en su ansia, buscó al jinete sin encontrarle.

En cambio, un ruido de cascos de caballo que se alejaba no sabía por dónde le denunció que, como siempre, cumplido el deber de auxiliarle, se alejaba.

Sol se sintió abatido, pero al mirar hacia abajo y ver al infeliz «Stard» empujado por la riada, se galvanizó, y desatando el trozo de la cuerda que sujetaba al pobre animal, corrió dando la vuelta a la entrada de la torrentera para ayudarle.

Sujetó al tronco de un árbol, para que el agua no le arrastrase hacia adentro, pasó la cuerda por el tronco y empezó a tirar con todas sus fuerzas. «Stard», al sentir la presión hacia arriba que le ayudaba, unió sus esfuerzos a los de su amo, y chapoteó hacia adelante con ansia.

Fue una lucha ruda y salvaje de la voluntad y el ingenio contra la fuerza bruta de la Naturaleza. Gracias al tronco del árbol, que aliviaba la presión cuando su fuerza se agotaba, pudo ir tirando del caballo, y éste, a través del empuje bravío del agua que bajaba, subir la escurridiza y pina pendiente, hasta ganar la rampa y cruzar a terreno elevado, fuera de la fatídica boca.

Cuando Sol vio el caballo arriba, fuera de peligro, sintió que sus músculos se relajaban como si los hubiesen roto. Habla realizado el esfuerzo máximo de su vida y sentía un lacerante dolor en todas las coyunturas que le martirizaba angustiosamente.

Pero todo lo daba por bien empleado. «Stard», su compañero inseparable de fatigas, se hallaba sano y salvo a su lado y con él podía continuar su misión, que ahora, más que nunca, debía llevar, a término por ser la última que se habían impuesto y la más terrible.

El sol empezaba a salir con fuerza. Las nubes se batían en derrota y pronto de la tormenta no quedaría más que el continuo chorrear del agua por todos los vericuetos del monte.

Sol buscó un lugar elevado y se despojó de las mojadas ropas, tendiéndolas en la rama de un árbol. Luego frotó con hierba al fatigado caballo para ayudarle a reaccionar y, cuando lo consiguió, sentado sobre una piedra, buscó con ansia en derredor. Nadie se mostraba a sus ojos, y, angustiado, se preguntaba cómo estaba allí el «jinete fantasma» y quién le había lanzado sobre sus huellas en aquel nuevo y trágico momento de su vida.

CAPÍTULO V

EN LAS GARRAS DEL MONSTRUO



A horrible tormenta no sólo había cogido desprevenido a Sol, sino a Buck y su cuadrilla.

Cuando el bandido, experto en tales fenómenos atmosféricos, observó cómo se cubría el cielo, ordenó hacer alto y, dirigiéndose a sus hombres, indicó:

—Buscar lugares resguardados donde poder pasar la noche a cubierto. Vamos a tener agua para llenar el «Gran Cañón» y debemos precavernos

Los pistoleros se dedicaron a buscar refugios, y poco antes de empezar a llover todos se habían instalado más o menos cómodamente.

Cuando pasó la terrible noche y el sol lució de nuevo, Buck, que se sentía frío y húmedo, reunió a sus hombres, diciendo:

—A ver quién logra cazar algún alce o una cabra montesa para hacer un buen guiso. Mientras, encender una buena hoguera.

Tony se opuso, diciendo:

—Es una imprudencia, Buck. El humo o el ruido de los disparos pueden denunciarnos.

—No creo que con esta noche se haya atrevido nadie a hacer cara a la muerte, metiéndose por estos riscos. De todas formas, aquí no les temo, y ya que opinas que tal cosa puede suceder, destaca media docena de hombres que se aparten del campamento y vigilen mientras preparamos la comida. Si sucede algo, les sobrará tiempo para avisarnos y que podamos defendernos o atacar, según nos convenga.

Tony no quedó satisfecho con semejantes órdenes, pero se vio obligado a obedecer, y escogiendo media docena de rufianes de los más avezados a los montes, les desplegó estratégicamente por lugares altos para que estableciesen una severa vigilancia.

Ya más tranquilo, regresó al campamento, donde poco después

uno de los pistoleros volvía triunfalmente con una cabra salvaje que había conseguido cazar.

El animal fue desollado y descuartizado, y el cocinero del equipo, se dedicó afanoso a preparar un buen asado. La hoguera, ancha y grande, sirvió para el objeto, pues con algunos trípodes de ramas se fabricaron los asadores, donde la carne se iba dorando.

Se disponían a saborear el bien oliente asado cuando uno de los forajidos que habían sido encargados de la vigilancia por los altos riscos, regresó alarmado, diciendo:

—¡Atención, jefe, he descubierto algo extraño por detrás de aquellos peñascales!

Buck y sus compañeros se levantaron empuñando fieramente las armas, y Barrymore preguntó:

—¿De qué se trata? ¡Habla ya!

—No puedo precisar mucho, pero juraría que he visto desaparecer por detrás de unos riscos un sombrero negro de anchas alas.

—¿Un sombrero? —rugió Buck—. ¿Tú crees que los sombreros andan solos?

—¡Oh, claro que no! Pero los peñascales no me dejaron ver más. Volvía la vista hacia allí, cuando vi un momento un objeto negro que parecía hundirse detrás de las piedras y sólo tuve tiempo a observar que tenía la forma de un sombrero.

Tony exclamó con acento interrogante:

—¿Será «el Vengador»?

Buck emitió un bufido, gruñendo:

—¿«El Vengador»?... No; no creo... Su sombrero no era negro.

—Puede haberlo cambiado. ¿Quién si no iba a estar rondando por aquí?

Buck, rabioso, dio orden de montar a caballo y, dirigiéndose al pistolero, añadió:

—Llévame al sitio que dices.

Subieron por unas trochas muy pendientes que se deslizaban en curvas y revueltas y, por fin, alcanzó un alto rocoso. Frente a éste, formando una especie de muralla, se elevaban unos peñascales en cadena que cortaban el paisaje.

—Por detrás de esos peñascos, desapareció—afirmó el pistolero.

Buck, temiendo que su subordinado no se hubiese equivocado y que alguien se dedicase furtivamente a seguir sus huellas cuando, se creía más a salvo, ordenó:

—La mitad deslizaros por esas vertientes, procurando salir al otro lado de los peñascales, y si hay lugar, seguir por bajo de ellos;

nosotros, por este otro lado. Si se trata de Sol, como si se trata del propio demonio, hay que echarle mano.

La cuadrilla, renegando a media voz, se disolvió. Les habían interrumpido en el momento más agradable y ninguno bajaba muy a gusto por allí con el estómago vacío.

Buck en cabeza, se deslizó por una fisura que, inclinándose violentamente, descendía para después ceñirse a unas dunas y rodearlas no lejos del lugar señalado por el forajido.

El camino era infernal y los caballos tenían que descender echándose hacia atrás para no caer de cabeza; pero el bandido, ansioso de descubrir si era o no vigilado, no se detenía a ponderar esta posibilidad.

Por fin, terminaron la parte pendiente y rodearon las dunas, alcanzando una especie de cornisa por la que se deslizaron hasta que un cuarto de hora después, se hallaban tras los peñascales.

No descubrieron a nadie; pero Buck se apeó del caballo y, ducho en seguir o borrar rastros, examinó el terreno. No era éste muy propicio a las huellas por su dureza, pero estaba cubierto de hierba empapada de agua y en algunos lugares pudo descubrir signos de pisadas.

—¡Por todos los diablos del infierno! —rugió—. ¡Por aquí ha pasado alguien a caballo! Mirad esos surcos.

Los bandidos comprobaron que su jefe estaba en lo cierto, y, nerviosos, empuñaron los revólveres, examinando con inquietud los alrededores.

Buck montó de nuevo a caballo, y tras estudiar el terreno, se adelantó por el lugar que creía más fácil para el caballo. Suponía que sería el elegido por el misterioso visitante, y sus compañeros, atentos a cualquier intento de agresión, siguieron tras él.

El terreno era un verdadero laberinto por el que caminaban sin orientación. Tan pronto descendía hacia pequeños cañones que se atravesaban unos con otros, como luego ascendía a planicies o cornisas que se cortaban sobre grietas profundas, y nadie tenía una idea exacta de un camino un poco regular que condujese a un lugar abierto donde poder seguir una pista.



Cambió impresiones con Tony...

Tras muchos rodeos, distinguieron al resto de la cuadrilla muy por debajo de ellos, en una cañada. El camino que aquéllos habían seguido era mucho más bajo e inclinado y no coincidían.

Tuvieron que gritarles para que les esperasen, y, después de muchas vueltas, lograron unirse a ellos.

Buck estaba desesperado. No dudaba en afirmar que alguien había pasado por allí no hacía mucho y, sin embargo, se le había

esfumado como una pequeña columna de humo sin poder localizarle.

¿Quién era el misterioso jinete, cómo se encontraba allí y por dónde había desaparecido? Esto era cosa que le intrigaba e inquietaba, y un furor invencible le consumía al saberse impotente para eliminar a tan peligroso elemento.

Cambió impresiones con Tony, quien propuso:

—Creo que, en lugar de perder aquí el tiempo metiéndonos tontamente en el corazón del monte, debíamos volver sobre nuestros pasos y seguir por las estribaciones hacia el curso del río. Si es algún enemigo, tendrá que dar la cara donde podamos batirle con ventaja, y si no se atreve, que se quede ahí metido.

Buck entendió que el consejo era prudente y dio orden de regresar al campamento, donde habían dejado el asado, los odres del agua, las mantas y algunos efectos muy útiles para su vida solitaria.

Tardaron más de hora y media en encontrar el camino que habían perdido, y cuando, por fin, hambrientos y mustios, alcanzaron el campamento, una terrible sorpresa les aguardaba en él.

La hoguera se hallaba casi apagada, pero los trípodes se encontraban vacíos de carne, los odres del agua no aparecían por parte alguna y las mantas se habían esfumado.

Todos lanzaron rugidos de furor al saberse despojados de útiles tan necesarios. La desaparición de la carne podía haberse achacado a algún animal hambriento, pero éste no se iba a llevar los odres y las mantas, y Buck, con los ojos desorbitados, rugió:

—¡Somos unos idiotas! Nos han tendido un anzuelo para que picásemos persiguiendo a un fantasma, mientras nos buscaban las vueltas para dejarnos privados de cosa» tan necesarias. Esto es inicuo y no lo podemos tolerar. El ladrón no debe andar muy lejos; no es un espíritu, sino un ser de carne y hueso como nosotros, y siendo docena y media de hombres, debemos encontrarlo cueste lo que cueste. Registraremos el monte hasta en sus más oscuras simas y lo encontraremos o no saldremos de aquí en la vida. ¡Vamos, todos a la tarea!

Los bandidos estaban furiosos y desesperados por la burla. Hubiesen preferido ser atacados a tiros que sufrir aquella especie de broma irónica que les humillaba, y dando al olvido el hormigueo que sentían en el estómago, se diseminaron por los accidentes del terreno, dispuestos a localizar a aquel ser burlón y sádico que había sabido asestarles tan fiero golpe de manera tan suave y elegante.

* * *

Sol recogió sus ropas que el calor habla secado y, después de vestirse, repasó sus armas y sus proyectiles para asegurarse de que éstos no habían sufrido deterioro con la humedad.

Gracias a su previsión de llevar siempre consigo la caja y la envoltura impermeable, podía contar con pólvora seca y proyectiles en condiciones para una defensa eficaz «Stard» se hallaba repuesto del terrible baño sufrido y de los esfuerzos realizados para salir de aquel pozo siniestro, y ahora «el Vengador», no tenía otra preocupación que buscar el rastro de los forajidos y seguirles hasta encontrar el momento propicio de atacarles.

Ya no podía contar con sus amigos para semejante tarea. La terrible tormenta tenía que haberles despistado, y sólo una casualidad, con la que no contaba, podía unirles de nuevo.

Estaba solo... es decir, no se consideraba solo completamente. La súbita e inopinada aparición del «jinete fantasma», le había producido una tremenda impresión, y su sangre circulaba con violencia extraordinaria al recordar la proximidad de tan misterioso ser. Si por una parte le alegraba su presencia, por otra le violentaba. No podía olvidar que se trataba de una mujer, muy valiente, pero una mujer, que se estaba exponiendo por él cuando debía ser todo lo contrario, y que lo hacía por un motivo oculto, en el que cada vez que pensaba se sentía angustiado.

Todo lo hubiese dado gustoso con tal de no sufrir la preocupación de su cercana presencia que parecía atarle de pies y manos, y pedía a Dios que se despistase y le dejase correr su suerte, mala o buena, pero libre de toda influencia extraña.

Tanto le obsesionó esta idea que decidió cambiar de táctica. Procuraría escurrirse de aquel lugar buscando la salida del monte y seguiría el curso del río para esperar a Buck en el «Cañón Perdido», dejando al «jinete fantasma» extraviado por aquellos vericuetos en los que le creería escondido.

Firme en este propósito, montó a caballo, y deslizándose por los lugares menos ásperos, se dedicó a buscar las partes bajas.

Con ansiedad, escudriñaba los altos riscos, temiendo ver en la cumbre de ellos la silueta negra y hermética del jinete espiando sus movimientos, pero los riscos aparecían desiertos y esto le alegraba profundamente.

Llevaba caminando media hora cuando un seco y no muy lejano estampido le conmovió. Alguien había disparado un rifle, y antes de

que tuviera tiempo a pretender orientarse, otras varias detonaciones respondieron al primer disparo.

Sol sintió en el pecho una terrible punzada. Algo le decía al corazón que el jinete se había expuesto de modo imprudente por espiar el paso de los bandidos y que éstos le habían descubierto y se disponían a atacarle.

Si así era, él no tenía otra misión en el mundo que acudir en auxilio de quien tanto le habla auxiliado, y exponer su vida por él. La lucha iba a ser dura y desventajosa, pero no había opción, y él tenía una deuda que había llegado el momento de saldar.

Esto le alegraba. Si pagaba aquella deuda de la única manera que podía pagarla, el jinete no podría sentirse con derecho a aspirar a otra clase de pago. A fin de cuentas, él no le había pedido jamás que le ayudase, y si había recibido su auxilio, siempre fue por propia iniciativa de tan anónimo protector.

Resueltamente, se orientó. Los disparos seguían creciendo en intensidad, y por ellos fue guiándose para alcanzar el teatro de la lucha.

El terreno no se prestaba a darse mucha prisa. Tenía que ir buscando los pasos entre aquel caos de piedra y maleza, y esto le encorajinaba, pues temía llegar tarde a tomar parte activa en la pelea.

Por fin, exponiéndose a rodar por las ásperas vertientes, consiguió escalar una árida rampa, que le condujo a una meseta pelada.

Al alcanzarla, desmontó, y tumbándose sobre la dura piedra, se arrastró hasta el reborde para mirar.

Los estampidos vibraban por debajo de él, y seguramente desde aquel observatorio lograría localizar el lugar de la lucha.

Asomó con prudencia la cabeza, temeroso de recibir un tiro antes de hacerse cargo de la situación y echó un vistazo hacia abajo.

Desplegados en círculo amplísimo, los secuaces de Buck parecían cabras pegadas al terreno. Se resguardaban detrás de los peñascales para disparar hacia un lugar determinado, desde el que les contestaban intensamente.

Sol no pudo descubrir quién disparaba escondido entre un conglomerado de piedras que le hacía invisible, pero sospechó, con fundamento, que se trataba del jinete misterioso.

Su posición no era mala. Dominaba el terreno y la disposición de los peñascales le permitía cambiar de lugar, disparando hacia abajo por diversos sitios creando un verdadero peligro para sus enemigos.

Sol, con el rifle en la mano, midió la distancia. No tenía a tiro a

nadie y no quería denunciar su presencia hasta que su arma llevase el primer mensaje seguro de muerte.

Con una curiosidad morbosa, esperó. Los asaltantes se movían con precaución y se asomaban rápidos tras sus protecciones para disparar, escondiéndose raudamente, pues el jinete, excelente tirador, replicaba con rapidez, exponiéndoles a sufrir la caricia del plomo.

«El Vengador» buscaba a Buck sin descubrirle. Era su víctima preferida y sabría esperar hasta el momento de tenerlo a tiro.

Pero el pistolero debía estar al lado contrario, pues desde allí no podía abarcar todo el perímetro del círculo de muerte que habían formado.

Sol, impotente para actuar, se sentía fascinado por el cuadro. Tenía a sus pies un campo de batalla en el que le estaba vedado intervenir, y algo le retenía allí sin intentar el descenso, pues temía que, cuando pudiese encontrar la forma de acercarse, sería tarde. Veía a los bandidos saltar de roca en roca disparando y estrechando el cerco, y veía cómo un cañón de un rifle asomaba por entre las piedras y disparaba trágicamente buscando donde clavar su plomo sin conseguirlo. Por fin, uno más osado escaló un pedrusco y se irguió buscando con la vista a su invisible enemigo. Si le llegó a ver, no pudo hacer uso del descubrimiento; vibró un disparo, y el bandido, abriendo los brazos, cayó de espaldas, seguido de un rugido de rabia emitido por los compañeros del tocado.

Sol apretó los dientes con emoción. El jinete tenía nervios, pero… ¿le servirían de mucho?

Un nuevo pistolero surgió por detrás de unos helechos buscando la forma de deshacerse de su enemigo, sin llamar su atención. No disparaba, pero avanzaba como un reptil.

Así ganó terreno y altura y llegó un momento en que pudo situarse en un lugar propicio para batir el refugio del jinete misterioso.

El bandido dio señales de vida, disparando. Sus proyectiles machacaban las peñas, arrancando las aristas que volaban como balas, y el jinete se vio privado de poder asomar por aquel lado.

Esto sirvió para que los que avanzaban por allí pudieran ascender sin peligro. Sol tembló observándolo, pues no tardando mucho siete, u ocho pistoleros dominarían su posición.

El jinete se aventuró a echar un vistazo por aquel lado, descubriendo su presencia. Rabioso, disparó al tiempo que el vigía. Este cayó de su atalaya, pero ya ascendían a ella los demás y la posición del jinete iba a ser crítica.

Sol, angustiado, decidió no esperar más. Bajaría como pudiese y acudiría en su auxilio, si llegaba a tiempo.

Cuando echaba el último vistazo antes de descender, vio algo que le paralizó. El jinete asomó su cubierto rostro y disparó por dos veces, alcanzando a dos de los pistoleros; luego se escondió cuando ambos caían y el resto replicaba rabioso, y después… Después, por detrás de los peñascales, vio surgir el busto completo a caballo, deslizándose por una rampa hacia abajo.

El jinete volvió la cabeza hacia arriba y desde su posición, descubrió a Sol que había asomado el cuerpo en el reborde de la planicie más de lo prudente. Era tan visible, que al captarle se quitó el sombrero, lo agitó en el aire a modo de saludo y de manera temeraria lanzó su caballo por la empinada senda, buscando la salida antes de que pudiese ser rodeado.

«El Vengador», con el corazón en la boca, le vio descender vertiginosamente de manera suicida por la rampa, y de súbito, creyó morir de la impresión. El caballo, al enganchar su pata delantera entre un macizo de hierba, perdió parte del equilibrio debido a la velocidad y se inclinó de manos, cayendo de cabeza.

El jinete salió lanzado y fue a caer sobre un espeso seto, donde quedó rígido y sin movimiento, quizá debido a un rudo golpe. Todo fue tan rápido, que apenas se dio cuenta de lo sucedido.

Pero lo trágico era que los secuaces de Buck, como lagartos, ascendían por las grietas y no tardarían en llegar al lugar de la tragedia. Sol emitió un rugido de angustia, se dejó deslizar raudamente de su elevado observatorio y, montando sobre «Stard», intentó seguir la misma ruta para auxiliar, si podía, al bravo «jinete fantasma».

CAPÍTULO VI

EL VELO DEL MISTERIO



L primer impulso de Sol fue tan intuitivo, tan alocado, tan falto de sentido común, que aun sabiéndose cerca de aquella poderosa cuadrilla de granujas a la que tendría que hacer frente solitariamente, no tomó precaución alguna y lanzó su caballo, exigiéndole la mayor velocidad posible.

Los cascos del noble animal rebotaban sobre la obsidiana que refulgía al sol como azabache pulido, pero fue precisamente aquel sonoro batir de cascos el que le volvió a la realidad y despertó en él un sentimiento de prudencia.

Si denunciaba su presencia antes de tiempo, corría el peligro de ser batido sin provecho para él ni para el jinete, y frenando el trote de «Stard» le obligó a caminar más lentamente, y eligiendo los lugares por donde la hierba salvaje podía amortiguar su paso.

Siempre buscando la parte Oeste, se introdujo por fisuras y grietas que creía le llevarían al lugar de la lucha, y cuando había descendido muchos metros y ganado terreno hacia el interior, decidió explorar el paisaje antes de continuar avanzando.

Ganó unas alturas y desde la cima registró los contornos.

No se había orientado mal. Por un sendero en zig-zag, que descendía hacia una cañada, bajaba una ringlera de jinetes con los *Winchester* empuñados y con la vista fija hacia atrás. El camino era estrecho y pendiente, y Sol les abarcaba en el mismo sentido, pudiendo reconocer uno a uno a los caballistas.

Ahora eran doce en total. El jinete misterioso había mermado la cuadrilla, pero eran doce hombres duros, difíciles de batir por uno solo.

Sol buscó con ansia en la dilatada fila hasta que logró localizar el negro caballo de su misterioso protector. Bajaba de los primeros, detrás del de Buck, y llevaba atravesado sobre la silla el inanimado cuerpo del «jinete fantasma».

Sol rechinó los dientes y apretó las manos contra el rifle. Podía disparar sobre los últimos. La distancia era larga y alguno caería, pero no todos, y si llamaba la atención de los forajidos habría perdido toda posibilidad de intentar algo en favor del prisionero. Decidió contenerse. Cazado el jinete, se suponían solos en el monte, pues no había sido descubierto, y si les dejaba en aquella creencia, posiblemente se le presentaría una ocasión más propicia para intentar algo que sirviese para liberar a su protector.

Desde su atalaya, se limitó a seguirles con la vista. Aquella senda conducía a una cañada rodeada de altos farallones. Quizá aquél fuese su campamento, y si así era, podía vigilarlo desde su escondite y esperar una ocasión propicia para actuar. Si era llegado el momento de iniciar alguna acción suicida, tiempo tenía para ello.

Los bandidos descendieron por la rampa, alcanzaron la cañada, y poco después hacían alto en ella. Sol respiró al observar que no se alejaban. Les vigilaría desde allí y al llegar la noche vería qué podía intentar.

* * *

Cuando los bandidos de Buck, rabiosos, se lanzaron tras las huellas de su mortal enemigo creyendo que se les escapaba de las manos, una alegría feroz se apoderó de ellos al descubrir que lo que no habían logrado sus rifles y revólveres lo había conseguido aquel fortuito accidente.

Como lobos se arrojaron sobre el caído cuerpo, y uno de los bandidos, empuñando el revólver, quiso ensañarse con él, disparando fríamente; pero Buck, que estaba intrigado por conocer al misterioso sujeto, le detuvo diciendo:

—¡Quieto, Lee!, para hacer eso siempre queda tiempo.

—¡Nos ha tumbado unos cuantos compañeros!

—Muy bien, ya le tumbaremos a él; pero antes necesito hacerle hablar. Puede saber cosas interesantes.

Se acercó al caído cuerpo y le dio la vuelta, quedando asombrado al descubrir sobre su rostro el negro antifaz que velaba sus ojos.

No necesitó realizar muchas averiguaciones para descubrir que se trataba de una mujer. Su cuerpo esbelto, sus caderas flexibles, la línea de su pecho que se marcaba bajo la blusa, le denunciaban a simple vista, y en el colmo de la estupefacción, exclamó:

—¡Por Judas! ¡Si es una mujer!

Al oírle, todos los bandidos formaron un círculo en torno al

jinete, y Buck, más intrigado cada vez, arrancó el antifaz que cubría su rostro:

Un grito de salvaje alegría brotó estrangulado en su garganta al reconocer los rasgos de su rostro:

—¡La novia de «el Vengador!»

En efecto, el misterioso jinete no era otro más que Magde Climpson, la heroica y abnegada hija de Lee, quien siempre atribulada por el peligro que su amado estaba corriendo, se había asignado por propia voluntad la misión de ayudarle callada y anónimamente, en cuantas ocasiones le había sido posible intentarlo.

Pero la fatalidad había conseguido lo que no lograra el fuego mortal de los muchos indeseables que habían intentado su captura o muerte. Un simple tropezón de su caballo había bastado para dar fin a sus aventuras, cuando éstas estaban próximas a terminar con la retirada del que ya era su marido.

Buck examinó atentamente el cuerpo, comprobando que no estaba muerta. Al caer, había tropezado con una piedra, produciéndose una ligera herida en la frente, pero la fuerza del golpe fue suficiente para privarle de sentido cuando más peligro estaba corriendo.

El forajido, con los ojos chispeantes de gozo, exclamó:

—¡Magnífica presa, amigos! ¡Me vengaré de mi rival como jamás éste puede pensar que lo haré! La muchacha será para mi durante algún tiempo, y luego... me servirá de cebo para atraerme a Sol King. Esta vez tendrá que venir a buscarme, quiera o no, y le haré morder el polvo delante de ella... luego...

Una carcajada siniestra animó sus contraídos labios, y tomando el cuerpo de la joven, lo atravesó sobre el caballo, diciendo:

—¡Seguidme! Ahí abajo hay una cañada magnifica para establecer el campamento. Esperaremos a ver si nos buscan nuestros enemigos, y si no... haremos que llegue a Sol la noticia. Se pondrá muy contento con ella y se apresurará a venir a felicitarme por la captura.

Y volvió a reír siniestramente.

Tan enajenado estaba con el éxito de su hazaña que no se preocupó en mirar siquiera a sus hombres. A éstos no les había hecho ninguna gracia el cambio de proyectos de Buck. pues no estaban interesados en sus asuntos personales más allá de lo normal, y la perspectiva de perder días y días en los montes esperando que Sol acudiese o no a intentar el rescate, era cosa que les encorajinaba, pues sus deseos eran dar el golpe sobre el rancho

del «Cañón Perdido», deshacerse del ganado, coger su parte en las ganancias y pasar unos cuantos días en algún poblado concurrido, donde poder jugar, beber y gozar unos días de ruidosa diversión.

Tampoco a Tony le agradó la idea, y menos obcecado que Buck, no dejó de mirar de reojo a los pistoleros y adivinar sus sentimientos y reacciones.

Como era hombre impulsivo, decidió tratar el asunto con Buck cuando instalasen el campamento.

Le pondría en el dilema de decidir pronto a deshacerse de la joven y emprender el golpe, o le dejarían con ella en el monte y marcharían a intentar el abigeo por su cuenta y riesgo, reservándole una parte en las utilidades si la aceptaba, y si no...

Tony sonrió enigmático al ponderar la posible negativa de Buck.

Se estaba dando cuenta de que por servir su interés particular habían perdido ya una docena de hombres sin provecho alguno y no estaba dispuesto a que cayesen los demás, incluso él mismo, por una causa que no les reportaba beneficio.

Ellos eran cuatreros y pistoleros. Vivían del producto de sus latrocinios y se jugaban la vida por atribuirse unas ganancias para su medro; pero no eran hombres al servicio de un loco, que para saldar sus agravios personales exponía las vidas ajenas y nada les ofrecía en compensación.

Por fin, alcanzaron el fondo de la cañada, y Buck, muy alegre, ordenó:

—Instalar el campamento. Tenemos provisiones para una semana, y mientras, decidiremos. Si se acabasen antes de ultimar este asunto, alguien puede bajar a buscarlas a St. George, que no está muy lejos.

Todos desmontaron de mala gana y se preocuparon de elegir los lugares más propicios para procurarse descanso durante la noche; luego formaron grupos, murmurando entre sí.

Buck colocó el cuerpo de Magde sobre una manta y la dejó tendida sin intentar nada en su favor. Estaba convencido de que no era más que un desvanecimiento a causa del porrazo y de que volvería en sí por si sola.

Tony, que le espiaba, cuando le vio sentarse sobre una piedra y encender la pipa con una terrible sonrisa de gozo en los labios, se acercó a él pausadamente y con acento frio le dijo:

—Buck, tengo que hablar algo contigo.

El forajido le miró con curiosidad, y luego, al observar su gesto, frunció la frente, preguntando:

—¿A propósito de mi presa?

—Sí, a propósito de ella.

—Pues habla.

—Quiero hacerlo sin que nadie sepa de lo que tratamos. Hay cosas que no les interesan a nuestros hombres.

Buck se sintió intrigado por aquellas palabras y, levantándose, dijo:

—Sígueme. Vamos al otro lado de la cañada.

Los forajidos parecieron adivinar que algo serio se iba a tratar entre los dos jefes y les vieron, de reojo, alejarse; pero ninguno se movió del sitio que ocupaba.

Tony les echó una mirada y gritó:

—Preparar algo de comer. Tengo el estómago vacío.

Mientras encendían el fuego y cumplían la orden, Buck, fríamente, dijo:

—Habla. No me explico tanto misterio, Tony.

—Te lo explicaré en seguida, Buck. Soy hombre que no me gusta perder el tiempo, y como estoy un poco menos ciego que tú he visto cosas que debo prever, pues para algo te represento en la cuadrilla.

—Bien, tú dirás de qué se trata.

—¿Qué piensas hacer con la muchacha?

—¿No me has oído? Retenerla hasta que aparezca «el Vengador» a buscarla.

—Que puede ser, ¿cuándo?

—No lo sé.

—Eso es lo malo, que no lo sabes, y no te das cuenta de que tus hombres no están dispuestos a esperar ese momento.

Buck, rabioso, rugió:

—¿Quién es el imbécil que intenta imponerme un criterio que no es el mío?

—Todos, porque les sobra razón. Tú les has contratado para proporcionarles golpes productivos y ganancias. Hasta la fecha, todo lo que les has proporcionado, salvo un pequeño puñado de dólares de tus ahorros personales, han sido fatigas, plomo y una docena de bajas sin utilidad económica para ninguno. Esto no es lo tratado. Ahora tenemos a la vista un buen golpe que les puede proporcionar un buen puñado de dólares, y por un asunto que en nada les afecta, lo demoras de un modo ambiguo y les privas de la satisfacción de vengar la muerte de sus compañeros, deshaciéndose de un enemigo que les ha causado muchas bajas.

Buck, que le escuchaba rabioso, replicó:

—Si son imbéciles, yo no tengo la culpa. Ya les advertí que el primer golpe sería a mi beneficio, deshaciéndome de Sol. Al

deshacerme de él, les libraba de un enemigo terrible para todos, ¿o es que no le han dado el valor que tiene?

—Sí, pero el golpe falló. Ellos te siguieron al pueblo y lo intentaron. Salió mal por casualidad, y ahora, desde ese momento, están arrastrando las consecuencias. Tú debes darte cuenta de ello.

—Yo me doy cuenta de que eliminar a Sol es lo primero.

—Para ti. Quizá todo pueda hacerse, pero sobre la marcha. No sabemos dónde anda «el Vengador»; se ve que esa loca ha obrado por su cuenta, pues él no la hubiese dejado meterse en este lío o estaría junto a ella. Al no ser así, es que él no sabe una palabra, y lo mismo puede haber pensado seguir nuestras huellas que no.

—¿Tienes alguna duda? Acuérdate de Hank.

—Bien, pero si ha perdido nuestras huellas, no vamos a correr en su busca para enseñárselas. Mi opinión es que les dejes que se den la satisfacción de ahorcar lindamente a la chica, sin ningún miramiento, y que inmediatamente marchemos en busca del ganado. Si Sol nos sigue el rastro, tiempo tendremos de enfrentarnos también con él, y si no... a enemigo que huye, puente de plata. Nosotros, mientras gocemos de libertad para nuestros asuntos, no nos importa lo que los demás piensen.

Buck le miró fríamente, preguntando:

—¿Crees que es ésa la opinión de mis hombres?



...y el rostro huraño y duro de su segundo...

—Consúltales.

—No tengo por qué. Soy su jefe y me deben obediencia.

—Sí; siempre que les cumplas lo ofrecido.

—Se lo cumpliré.

—Pero ¿cuándo? Eso es lo que no les gusta; esperar.

—¿Piensas tú también como ellos?

—¿Por qué no? Yo estoy dispuesto a ayudarte en todo, pero no quiero que nuestros hombres se desmoralicen. Ten en cuenta que, si fuese así, al primer ataque serio que sufriésemos, en lugar de jugarse la vida como hasta ahora, quizá te dejasen solo. La vida vale mucho, aun para quien la tiene a precio, y jugársela por nada no es cosa que agrade mucho.

—¿Has terminado? — preguntó furioso Buck.

—Sí.

—Pues lo siento, pero no estoy dispuesto a variar mis planes. Ellos aún viven y pueden vivir mucho tiempo. Yo perdí a mi padre, a mi tío y a mis hermanos por culpa de Sol, y eso tiene un valor que ellos no saben apreciar.

—No te lo niego, pero algunos también perdieron a los suyos, y no te han pedido que dediques tu vida a su venganza.

—Cuando les propuse unirse a mí, les advertí cuál era mi primer proyecto.

—Y te han secundado en él. Si le salió mal, no es culpa suya. No pretenderás que estén toda su vida dedicados a ese asunto.

Buck, que se sentía arder en coraje ante la insistencia de su segundo, perdió los estribos y replicó agriamente:

—Tony, soy el jefe, y aquí se hace lo que yo disponga. Lo bueno y lo malo deben aceptarlo, y si no están conformes, que lo digan.

—A eso es a lo que te expones, a que te lo digan y pierdas la cuadrilla. ¿No quieres darte cuenta? Entonces te verías solo para hacer frente a Sol.

—Se lo haría mil veces. Es inútil, Tony. No admito imposiciones de nadie.

—Está bien, yo he obrado lealmente al advertirte.

Ambos se separaron de manera violenta. Buck no dejaba de darse cuenta del peligro, pero su odio a Sol podía más que todo y no estaba dispuesto a dejarse mandar por sus hombres.

Tony se unió al grupo sin decir palabra, pero los pistoleros parecían haber adivinado el asunto de su discusión y el rostro huraño y duro de su segundo les advertía que la entrevista no había sido muy cordial. Todos comieron en silencio, sin bromear ni entablar conversaciones en voz alta. La tensión era violenta y Buck se dio cuenta de ella; pero, firme en su propósito, se prometió

permanecer alerta por si sus hombres, en lugar de pedirle explicaciones, intentaban cualquier acto de fuerza contra su predominio sobre ellos.

CAPÍTULO VII

LA SORPRESA



ABÍA trasladado el forajido a Magde a una especie de pequeño embudo que formaba el fondo de la cañada junto a los taludes. Se trataba de un hueco de unos tres metros de profundidad por unos dos de ancho que la ocultaba a la vista de sus hombres y le permitía vigilarla desde la entrada, donde se había instalado, sentándose en una piedra.

Terminada la comida, los bandidos formaron pequeños grupos alejados de su jefe, y éste adivinó que cambiaban impresiones entre sí, cosa que le enfureció; pero sabiendo que era peor darse por aludido e intervenir, se limitó a observarles atentamente.

Estaba seguro de que estudiaban una confabulación, y él, a su vez, estudiaba la forma de imponerse a ellos, abortándola de la manera que. las circunstancias exigiesen.

Tony, prudente, se alejó de los pistoleros y se tumbó sobre una manta fumando su pipa, pero sonreía irónico adivinando que, tarde o temprano, sus pronósticos se verían cumplidos.

Entonces sería la hora de intervenir, y si la cuadrilla se mostraba unánime en oponerse a los planes de Buck, habría llegado el momento de proclamarse jefe.

Si lo hacía, su actitud ya estaba tomada. Se pondría al lado de ellos y si Buck imponía la lucha... tanto mejor, pues no encontraría dificultades para sus planes.

Buck reflexionaba, preguntándose si no sería mejor renunciar a su proyecto y dejar que las cosas se presentasen como el destino quisiera.

No le importaba nada la vida de Magde, ni tenía interés en conservarla a su lado. Sólo le guiaba el espíritu sádico de atraer con ella a Sol y darle muerte delante de la muchacha, o viceversa... algo que enloqueciese a su enemigo y le permitiese cobrarse las angustias por él sufridas cuando vio caer uno a uno a todos los de su clan.

Por otra parte, su orgullo no le permitía rectificar por presión

ajena. Entendía que esto era restarle autoridad para lo sucesivo y sabía por experiencia lo que, en una cuadrilla como aquélla, significaba que el jefe estuviese presionado por los que solamente debían obedecer y no opinar en perjuicio de la disciplina.

Era más de mediado el día cuando Buck, que no perdía de vista a Magde, observó que ésta se estremecía tirada sobre la hierba, y levantándose bruscamente de la piedra donde permanecía sentado, se adelantó al fondo del embudo, sonriendo siniestramente.

Le ahogaba aquel silencio opresivo que le hacía más ominosa la actitud, al parecer indiferente, de sus hombres, y estaba deseando poder desahogar su reconcentrado furor con alguien.

Magde se agitó dolorosamente durante algunos minutos para terminar por abrir penosamente los ojos y emitir un quejido doloroso. Luego, se llevó, de manera inconsciente, las manos a la cabeza y volvió a gemir.

Buck, después de haberla desarmado, no creyó necesario maniatarla, y esto permitió a la muchacha libertad de movimientos.

Cuando con turbia mirada Magde volvió la vista hacia el lugar donde Buck de pie proyectaba su sombra en la tierra y descubrió el innoble rostro del forajido, un caos de recuerdos amargos y dolorosos acudió a la mente de la muchacha, y apretando los dientes con ira, reprimió el dolor que le atormentaba en la cabeza.

Él la miró intensamente y preguntó:

—¿Se siente usted ya mejor, señorita heroína? Lo celebraré, porque tenemos que hablar largamente.

Magde se dio cuenta de la magnitud de su desgracia y giró los ojos en derredor como buscando a alguien. No veía a nadie en su compañía, y se preguntaba con terror si Sol habría caído también en manos de sus enemigos y se habrían deshecho de él antes de que ella volviese en sí.

Buck interpretó de distinto modo su gesto. Creyó que buscaba alguien que le protegiese, y afirmó riendo:

—No, no confíe en nadie, señorita. Está usted en lugar donde es muy difícil que la puedan auxiliar.

Las palabras del bandido nada le decían que aclarase sus dudas; pero, no queriendo exponerlas por anticipado, esperó con el alma llena de angustia.

Él, brutalmente, ordenó:

—Siéntese, no le sucede nada. Fue un leve porrazo al caer del caballo y puede usted explicarse claramente. Necesito ciertos datos y me los va a dar usted rápidamente.

Ella siguió callada obstinadamente, y Buck, avanzando rabioso,

gritó:

—No crea que se va a burlar de mí. Estoy dispuesto a muchas cosas, y nada ni nadie me detendrá para ejecutarlas.

Ella, que no podía aguantar más el tormento de no saber qué le había sucedido a Sol, exclamó con voz sorda:

—No sé qué le ha detenido ya. ¿Por qué no ha terminado usted conmigo de una vez sin esperar tanto?

—¿Cree que ha sido por piedad hacia usted? Si piensa así, está equivocada. Me ha matado usted media docena de hombres, y su vida no es más que una.

—Pues tómela. Acabaré de una vez.

—No. Antes necesito que me dé usted ciertos informes. Quiero saber dónde está Sol, su novio.

Magde estuvo a punto de emitir un rugido de alegría al oír la pregunta. Ahora sabía fijamente que la presencia de «el Vengador» no había sido descubierta y que éste vivía, y si vivía, bien podía realizarse el milagro de que contribuyese a salvarla, y si no llegaba a tiempo, sí podría vengar su muerte.

Para ganar espacio y reponerse de la emoción, replicó:

—Sol no es ya mi novio, es mi marido.

—¡Ah!... Llegué tarde para impedir la boda. Bueno, pero aún es tiempo para dejarle viudo. ¿Dónde está su bello y heroico esposo?

—Lo ignoro— mintió ella—. No le vi desde que abandonó la iglesia para salir a caballo.

—¿Y cree usted que la voy a creer? ¿Qué hace usted aquí en el monte, si él se marchó dejándola abandonada?

—Pues muy sencillo. Le buscaba. Yo salí en unión de los peones de los equipos y me interné con ellos en el monte. La pelea impuso una separación y yo quedé perdida. Buscándoles, me interné en los riscos y buscaba la salida cuando me sorprendieron. No he visto a Sol ni tengo la menor idea del lugar donde esté.

—De eso ya hablaremos. ¿Quiere explicarme qué hacía con ese traje y ese antifaz en el rostro?

—Me lo puse por si tropezaba con él. No quería que supiese que había intervenido en la lucha.

—Iba usted a oficiar de héroe anónimo ¿no es eso? Su debut ha sido muy desafortunado. Hay cosas que no se han reservado para las mujeres, por muy valientes que sean.

—Bien, ¿qué le voy a hacer? A todos nos toca perder alguna vez. También a usted le tocará.

—¡Ja!... ¡Ja!... ¿Confía acaso en que su lindo esposo venga a salvarla y acabe conmigo y con mis hombres? Espero demostrarle

que no es así.

—Mucho confía usted en sus fuerzas —dijo ella retadora—. También contaba con ellas la otra vez y…

—¡Basta! —rugió el bandido—. No me recuerde aquello o le aplicaré un barreno de pólvora a la boca para hacérsela saltar. Aquello fue aquello y esto es esto. Lo ha de comprobar a su costa. No crea que he respetado su vida por sentimentalismo, sino por venganza. He de cobrarme de aquello en él y en usted. Le espero, sé que vendrá tarde o temprano, y cuando venga… he de hacer muchas cosas muy trágicas con los dos; esté usted preparada para ellas. Sol morirá delante de usted, pero antes… antes la verá escarnecida y vejada ante sus ojos, sin poder evitarlo. Luego, cuando él haya muerto y usted sea un guiñapo humano, la arrojaré atada a un barranco junto al cadáver de Sol para que los cuervos les devoren juntos. ¿Qué le parece mis bonitos planes?

Magde sintió que el corazón se le paralizaba de terror al oír las trágicas amenazas del forajido. Este no podía ser más cruel y refinado, y la joven temblaba, no por ella, sino por la suerte de su marido, a quien consideraba muy cerca de allí.

Estaba segura de que el ruido de la lucha debía haberle atraído y no se explicaba cómo no intervino en ella, a menos que, extraviado, se encontrase lejos cuando ella tuvo que enfrentarse con Buck y su cuadrilla al ser descubierta.

Pero fuese como fuese, tenía que haber captado el tiroteo, y aun sin saber su personalidad, estaba seguro de que se interesaría por su suerte como ella se había interesado tantas veces por la de él.

Pero conocía a Sol, y le sabia astuto, frío y calculador cuando obraba por su cuenta, sin verse forzado a una lucha imprevista, y acaso no anduviese muy lejos buscando la forma de intervenir en su auxilio, aunque ella no supiese cómo.

Para no dar a entender a Buck el efecto desastroso que le habían producido sus amenazas, replicó:

—Me es igual ya todo. Si he de morir, tanto da de una forma como de otra.

—Bien, si se resigna usted, mejor. Todo será más fácil, pero quiero ver su valentía cuando le tenga frente a frente vencido y humillado y llegue el momento de sufrir mis ultrajes.

Luego, rabioso, añadió:

—Necesito saber dónde se puede enviar un aviso a Sol. Quiero advertirle que, hasta que no me lo diga, no pienso darle una gota de agua ni un trozo de tocino. Cuando le apriete el hambre y la sed, ya me lo dirá.

—No lo espere. Ignoro sus movimientos y no voy a adivinarlos.

—Cuando el hambre y la sed le aprieten, reavivará su memoria.

Y rabioso, la dejó sentada sobre la hierba, retirándose a la entrada del socavón, entregándose a meditar futuros planes.

Magde, de momento, sintió un gran alivio al verse libre de la presencia del forajido. El hecho de que no tuviesen la menor noticia de Sol era un consuelo para ella, y si realmente el propósito de Buck era esperar a que ella, atormentada por el hambre y la sed, le diese alguna pista para localizar a su esposo, esto le prestaba un margen de tiempo en el que confiaba ciegamente.

Y sin querer, como si la ansiada ayuda pudiese venirle del cielo, elevó los ojos hacia el vano que se abría en su estrecha cárcel, clavando la mirada en el borde de los farallones.

Pero allí no habla nadie. Solo el reborde rocoso de la piedra marcaba el límite entre el azul del cielo y el cono de sombras, y Magde, angustiada, se preguntó si realmente Sol habría perdido su pista y se desentendería de ella, a pesar de que sabía que la gratitud que le guardaba por sus anteriores ayudas era inmensa.

* * *

Sol, desde su observatorio, siguió con ansiosa mirada al grupo de forajidos hasta verles acampar en el fondo de la cañada, y cuando quedó convencido de que se iban a establecer allí se preguntó qué podría intentar para devolver al jinete misterioso la libertad que tanto se merecía por su ayuda.

Tenía que hacer algo; no sabía qué, pero algo, aunque fuese jugándose la vida con desventaja. Nunca se le había presentado la ocasión de pagar aquella deuda sagrada, y ahora, que por única vez se le ofrecía, no podía considerarse fracasado, él que no fracasó nunca.

Estudió atentamente el terreno, pero éste, bien elegido, no permitía filtraciones de ningún género. La cañada, cerrada por todos sus lados, no poseía más que un paso, y éste tenía que ser atacado de frente, pero intentarlo, además de ser una suicida locura, no daría resultado alguno, pues aun con mucha suerte, cuando quisiera llegar hasta el jinete, los forajidos tenían tiempo más que suficiente para deshacerse de él.

Tenía que estudiar otro procedimiento y este procedimiento debía buscarlo en la misma configuración del terreno.

Ahora se alegraba de no haber denunciado su presencia. Los forajidos, al parecer, creían que solo el «jinete fantasma» era el

enemigo que les había traído en jaque, y habíanse limitado a montar una guardia a la entrada de la cañada, sin mandar vigías que registrasen las cortadas.

Sol no se explicaba este descuido. Quizá si hubiese sabido del estado moral de la cuadrilla de Buck, la explicación le hubiese parecido más fácil.

Esperó a que la tarde fuese declinando. El sol podía traicionarle proyectando su sombra al asomarse por los picachos que dominaban la cañada y debía maniobrar como un astuto reptil, para apoderarse de un pájaro descuidado.

Cuando ya el sol se batía en derrota, buscó un buen escondite para «Stard», pues no quería dejarle expuesto a que le descubrieran en cualquier exploración imprevista que intentasen.

Antes se ciñó a la cintura las dos largas cuerdas que el jinete misterioso le había tendido para ayudarle a salvarse de la inundación. Presumía que le serían útiles para deslizarse por ellas desde algún punto factible, y las consideraba un gran tesoro.

Dando un rodeo, escalando farallones, descendiendo por ellos, subiendo a los siguientes y salvando infinidad de obstáculos, logró situarse al borde del anfiteatro que encerraba la cañada.

Ya el sol se había ocultado, y, sin temor a proyectar sombra alguna, podía asomarse furtivamente a los bordes, para lo cual, con ramas de helechos puestas en la cabeza para despistar en el caso de que alguien mirase hacia arriba, pasó revista minuciosa a la cañada y a la situación de los forajidos.

La altura, sin ser excesiva, era bastante grande. Le separarían del fondo unos doce metros por los lugares más bajos, aunque por otros la altura era mayor.

A Sol le extrañó la indiferencia de los bandidos. Recostados en pequeños grupos sobre las paredes, fumaban y parecían cambiar impresiones, y solamente Buck, por un lado, y otro individuo, a quien no conocía —el segundo de la cuadrilla— por otro, permanecían aislados y solos. Esta actitud le chocó. ¿Por qué Buck permanecía tan solitario y alejado de todos sus hombres en momentos tan críticos como aquellos?

Cautelosamente, se corrió más al fondo. No veía al «jinete fantasma» y se preguntaba qué habrían hecho con él, temblando de angustia al pensar que le hubiesen matado desde que le perdiera de vista.

La luz iba siendo ya muy escasa cuando alcanzó el borde de la cortada, casi al fondo de la cañada. Fue entonces cuando descubrió que en él se abría aquel estrecho hueco que no podía abarcar desde

donde se hallaba.

Siguió el borde del farallón y dio la vuelta, alcanzando el de la parte norte. De una manera muy cautelosa, se asomó, y el corazón le latió con inusitada violencia al descubrir en el fondo un bulto que, sentado en el suelo y recostado contra la pared, aparecía inmóvil.

Tenía el sombrero puesto, lo que le impidió distinguir sus facciones, pero la delgada silueta y el oscuro traje le denunciaron que se trataba del prisionero.

Ya había conseguido localizarle, pero, ¿qué podría hacer por él? Más de una docena de fieras le vigilaban, y en última instancia, estaba Buck, que, como un perro de presa, guardaba la entrada a la estrecha prisión.

Se tumbó sobre el farallón, y con la cabeza asomada se quedó tenso contemplando el cuadro.

El cielo se teñía de un azul pálido en el que brillaban como diamantes multitud de estrellas y una luz difusa se extendía fantasmagóricamente por las cortadas. Se podía divisar vagamente el paisaje, pero sin contornos precisos.

Las notas rojas de dos hogueras brillaron en la cañada. Alguien encendía fuego, quizá para cocinar. Sol distinguió cómo los forajidos levantándose se reunían en torno a una de ellas y gesticulaban durante un momento; después descubrió al pistolero solitario acercarse al grupo y poco más tarde destacarse de la hoguera, acompañado de tres de ellos que se dirigieron al lugar donde Buck se hallaba sentado.

El forajido, al verles avanzar, se levantó vivamente y apartándose de la boca del socavón, salió a su encuentro.

Al resplandor de la hoguera, Sol pudo distinguir su gesto precavido de llevar la mano a la cadera y «el Vengador», al captar el movimiento, comprendió que algo raro sucedía entre Buck y sus hombres.

Les siguió con la vista un momento, comprobando que se enzarzaban en una violenta discusión; y una idea, la única que se le ocurría en tan apurado trance, acudió a su mente.

Tomó una ligera piedra y la arrojó contra Magde, que parecía dormida. La piedra dio en su sombrero y la joven levantó la vista, distinguiendo en el recuadro azul del vacío una cabeza y una mano que le hacía señas.

La joven estuvo a punto de desmayarse de la emoción. Por fin, sus esperanzas se veían cumplidas. Sol no era capaz de abandonarla en aquel trance, y aunque no sabía qué podía hacer para liberarla,

el solo hecho de saberle cerca la reconfortó.

Magde echó un vistazo hacia la cañada. El grupo discutía un poco separado de la entrada, y con la oscuridad reinante en el agujero no podían verla mientras no se corriesen hacia allí.

Rápida se puso en pie y elevó los brazos al cielo en señal de súplica. La mano de Sol le hizo señas de que esperara, y rápidamente los cabos de las dos cuerdas que ella le tendiera para ayudarle a salir de la inundada barranca empezaron a descender vertiginosamente.

Ella comprendió la idea, la única que podía salvarla, y, tremante de angustia, esperó.

Cuando los cabos llegaron a su altura tomó uno con rapidez y se lo ató debajo de los brazos, luego asió desesperadamente el otro y dio un recio tirón.

Las cuerdas se tensionaron con fuerza y Magde, agarrotada a una y con los pies afianzados en la pared, ayudaba a Sol, tratando de gatear al amparo de la otra.

Fue una ascensión difícil y peligrosa. A cada, momento temía que los forajidos penetrasen en su prisión, descubriendo su huida, clavándole un tiro en la espalda; pero sabía que si no corría aquel albur estaba condenada no sólo a la muerte sino al oprobio.

Un dolor terrible aprisionaba su pecho al clavársele la cuerda, mientras sus manos sangraban del esfuerzo de ganar la otra, pero poco a poco iba ascendiendo y no se atrevía a mirar hacia abajo por temor al vértigo y a ver aparecer a Buck y a los suyos, emprendiéndola a tiros con ella.

No veía a Sol ni Sol la veía a ella. «El Vengador» se había sentado en la piedra con los pies apoyados en un saliente de la roca y se deshacía las manos tirando de las cuerdas que le desollaban, pero cuyo dolor no sentía dominado por la angustia del momento.

Por fin vio aparecer el sombrero de la joven al borde de la cortada; luego, los brazos agarrotados a la cuerda y, finalmente, medio cuerpo que se inclinó hacia adelante sobre la roca, quedando tenso como falto de energías.

Por un momento creyó que sus esfuerzos iban a perderse, pues mientras no nivelase el peso, no podía levantarse para auxiliarla. Fue un instante cruel que creyó que duraba una eternidad, pero debió tratarse de un conato de flaqueza de la joven, porque de repente, se movió, hizo una flexión violenta y logró sacar más de medio cuerpo fuera del borde.

Sol aprovechó rápido el alivio de peso, y saltando, la asió de la manga, sosteniéndola brevemente, para después afianzarla por los

brazos. Cuando tiró de ella del todo y la dejó sobre la roca, era un cuerpo inerte. Había perdido el sentido.

Yacía boca abajo, y Sol, anhelante, con las manos ensangrentadas del esfuerzo, la dio media vuelta colocándola cara al cielo, y al hacerlo y clavar anhelante sus ojos en la joven, lanzó un terrible rugido de asombro y emoción:

—¡¡Magde!!...

Algo como si las montañas se hubiesen hundido sobre él sacudió su cuerpo y su cerebro. La sangre le latía con la violencia de un látigo y el corazón parecía querer salirle del pecho. Era algo terrible, emocional, angustioso y gozoso a la par, que no hubiese sabido definir, pero, sobre todo, era algo grande que le llenaba de angustia. El jinete misterioso había sido Magde; ella, noble, generosa, abnegada, había corrido su suerte muchas veces y había cooperado con él al éxito, y ahora, en el instante supremo, había estado a punto de caer para siempre por ayudarle a correr su última y peligrosa aventura.

Un griterío espantoso, seguido de varias detonaciones, galvanizó su cuerpo. La fuga había sido descubierta y tomando a la joven entre sus robustos brazos, echó a correr cómo un loco entre las breñas en busca de su caballo.

CAPÍTULO VIII

LOS LOBOS BUSCAN SU PRESA



CABABAN los bandidos de tomar su frugal cena y beber el café que habían hervido al calor de las hogueras, cuando uno de ellos exclamó a media voz:

—¿Estáis decididos o no? Si no lo estáis, yo tomo mi caballo y me largo. No estoy dispuesto a continuar aquí estancado sin un dólar ni un vaso de alcohol.

Otro replicó:

—Convendría saber qué opina Tony. Sospecho que ha hablado algo con Buck del asunto. También Tony está limpio de dinero, y ya sabéis que es hombre a quien le gusta darse una vuelta por los bares en busca de ángeles caídos que le alegren la existencia.

—Pues vamos a consultarle. Piense lo que piense, yo dejo la cuadrilla.

El que hablaba hizo un gesto con la mano a Tony. Este adivinó de lo que se trataba y se acercó cautelosamente.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—¿Hasta cuándo vamos a estar aquí estancados? —preguntó el que llevaba la voz cantante.

—No lo sé, pero... ya habéis oído al jefe.

—Sí, pero no estamos conformes con sus proyectos. Hemos quedado en dar un buen golpe allá al otro lado del Virgin, y eso es lo que nos interesa.

—El jefe es el que dispone, ¿lo habéis olvidado?

—No; pero lo tratado no es esto. Si él no tiene otra cosa que hacer más que esperar a que Sol venga o no venga, allá él. Nosotros queremos dar ese golpe... Necesitamos dinero y no plomo...

—Decírselo a él.

—Se lo diremos. Te hemos llamado a ti porque tú le representas.

—Ya se lo he dicho, pero no he podido convencerle. Si vosotros tenéis más suerte...

—¿Qué harás tú si él se niega?

—¿Qué haréis vosotros?

—Marcharnos. Es cosa decidida.

—En ese caso... Creo que nada me queda que hacer aquí.

—Bien; acompáñanos. Vamos a hablar con él.

—Bueno, pero... no alejéis mucho la mano del revólver. Pudiera ser que os contestara a tiros.

—Lo pensará antes. Somos doce *colts* contra uno.

Los pistoleros se adelantaron hacia Buck. Este, que no había perdido ninguno de sus movimientos, adivinó el objeto que les guiaba y poniéndose en pie rápidamente, se adelantó con la mano tensa próxima a caer sobre el revólver al menor signo de peligro.

No se atrevió a apoyar la mano en la culata desde el primer momento porque esto hubiese sido un reto mudo, y aunque no temía a tres hombres, sabía de la rapidez de mano de Tony y no olvidaba que a muy pocos metros quedaban otros ocho hombres a la expectativa.

El bandido que iniciara la protesta, se adelantó y, con acento enérgico, dijo:

—Buck, he comunicado a Tony mi propósito de montar a caballo y largarme.

—¿Por qué?

—Porque estás faltando a nuestro compromiso.

—Muérdete la lengua antes de hablar, James—repuso Buck—. A mí no me llama nadie embustero sin tragarse seis onzas de plomo como respuesta.

La entrevista empezaba mal y el pistolero estuvo tentado de replicar en la misma forma, pero se contuvo y contestó;

—Será esa tu opinión, pero no la mía. Cuando nos contrataste, nos dijiste que antes de nada teníamos que dar un golpe en Pine. Se casaba «un amigo» y querías festejar su boda con pólvora. Todos acudimos y hubo pólvora y plomo en abundancia. Cumplimos el compromiso y en paz. De lo demás, no se habló. No creo que seas capaz de decir que sí.

—No; no se habló; pero como el festejo no quedó terminado, hay que acabarlo. Sois tan bestias, que no os dais cuenta de que estáis sentados sobre un barril de pólvora con un cigarro encendido entre los dientes. «El Vengador» es el peligro más grande que tenéis encima, y cuando quiero libraros de él y dejar el camino libre no puedo admitir que nadie intente variar mis planes.

—Ese asunto es tuyo, Buck. Si es un peligro, que nos busque y le haremos cara. Somos lo suficientemente hombres para no llorar por

adelantado porque nos amenace con azotes. Tú estás loco con tus cosas y no nos incumben. Hoy has debido entregarnos a la muchacha para que la colgáramos lindamente. Seis hombres han caído bajo su revólver, y como a ti no te han clavado sus balas, te limitas a pensar en lo tuyo. Si ésa es tu idea, nosotros no pretendemos hacerte desistir, pero nos vamos.

—¿Todos?

—Todos. Al menos eso me han encargado que te diga los muchachos.

—¿Tú también, Tony?

—Yo también, Buck. Ya te advertí lo que iba a suceder sin necesidad de que me lo dijeran. Nuestra vida es corta y queremos aprovecharla lo mejor posible.

—¡Sois todos unos traidores! — rugió Buck.

—No hay traición, puesto que te proponemos la fórmula. Deja colgar a la muchacha y vamos a por el ganado. Si Sol nos persigue, entonces podrás decir si te traicionamos o no cuando nos enfrentemos con él.

—Puede perder nuestra pista. Mi misión en el mundo, por encima de todo, es acabar con él; después, lo que queráis.

—¿Tienes cien dólares para cada uno? Si los tienes, dánoslos y esperaremos una semana.

—No tengo un centavo. Os entregué cuanto poseía.

—Hace un mes nos diste treinta dólares. Pagan más en un equipo de *cowboys* y con menos riesgo, compréndelo.

Buck se mordía los labios con desesperación. Comprendía que, sin dinero para satisfacer el ansia de aquellos hombres, no conseguiría retenerlos, y a tiros tampoco, y una lucha sorda se entabló en su negra alma, buscando una solución.

Para él, acabar con su mortal enemigo era lo primero; pero si sus hombres le abandonaban, poco o nada podría hacer aislado, y con la impedimenta de Magde entre las manos.

Furioso, tomó una determinación:

—Bien, os propongo una fórmula. No tengo inconveniente en entregaros la muchacha para que la colguéis, si me prometéis que, al amanecer, levantaremos el campamento, regresaremos a Leeds, desde allí iremos derechos a Fine y arrasaremos el poblado a ver si se encuentra allí Sol y por fin da la cara. Luego iremos al «Cañón Perdido» en busca del ganado, y os cedo mi parte en el negocio, pero después que hayamos ejecutado mi plan.

Tony miró a los forajidos y, luego, lentamente repuso:

—Por mi parte, acepto. Será una exposición que puede mermar

la cuadrilla, pero no quiero que digas que no tratamos de ayudarte.

—Por nuestra parte, queda también aceptado—dijo el forajido —. Hablaré con mis compañeros y no creo que digan que no.

—Pues si aceptan, ahí tenéis a la muchacha. Haced con ella lo que queráis.

Se separó rechinando los dientes con rabia. Se sentía humillado al verse obligado a claudicar, y un furor loco le impulsaba a tensionar su mano sobre la culata del revólver.

Tony se adelantó hacia el refugio con los ojos chispeantes. Había vencido la obstinación de aquel ser adusto y orgulloso y sabía que este éxito repercutiría en asumir una mayor autoridad sobre la cuadrilla.

Pero cuando penetró en el oscuro rincón sólo descubrió, a la luz de las estrellas, la manta tirada en tierra, pero no el cuerpo de Magde.

Asombrado, buscó, creyendo que existiría alguna cueva en la que se hubiese refugiado, pero al descubrir que las paredes eran lisas, volvió hacia atrás gritando:

—Buck... ¿dónde está la muchacha?

Buck dio un salto como si le hubiese picado un crótalo y rugió:

—¿Qué preguntas, imbécil, estás ciego?

Tony se encrespó al oír el insulto y replicó:

—Ni ciego ni borracho. La muchacha no está aquí.

Buck, como un tigre acorralado, se introdujo en el hoyo y tendió su vidriosa mirada en derredor. Allí continuaba la manta, pero Magde había desaparecido.

—¡Por cien mil pares de demonios! —rugió—. ¿Quién la ha sacado de ahí? ¡Contestar, u os abraso a tiros a todos!

—¿Estás loco, Buck? —preguntó Tony—. No nos hemos apartado de tu lado en todo el tiempo... ¡Esto es algo insólito!

Buck, rugiendo y pataleando, se daba de cabezadas contra las paredes del estrecho pasillo, lanzando terribles maldiciones. La desaparición de Magde era cosa de brujería y no podía admitirla.

—Pero, ¿por dónde? —clamó—. ¡Si no hay forma de salir de aquí!...

Se acercó al fondo; grandes partículas de tierra yacían al borde del paredón. Buck elevó la vista hacia arriba como buscando la explicación de cómo por allí pudiese haberse evadido.

—¡Pronto!... ¡Una rama resinosa encendida!



¡Mirar!... ¡Ha huido por aquí!

Un bandido prendió una rama de pino y penetró en el agujero. Buck la acercó a la pared descubriendo en ella, sobre la tierra húmeda, las huellas de los altos tacones de las botas de Magde clavados en el talud al hacer fuerza para ascender.

Buck era hombre ducho en recursos. Se había fugado dos veces de la cárcel y había huido de peligros trágicos apelando a trucos inverosímiles, y esto le había dado una práctica y una intuición

maravillosas para adivinar muchos subterfugios que a otros les hubiesen parecido problemas insolubles.

Con los ojos encendidos en ira, señaló los desconchados y mellas del talud, rugiendo:

—¡Mirar!... ¡Ha huido por aquí! No hace falta ser un lince para descubrir las huellas, pero no ha huido sola. Alguien estaba allá arriba vigilando y la ha ayudado a escapar por medio de una cuerda. ¡Por todos los diablos del infierno, a caballo!... ¡A caballo y a buscarles! Eso no ha podido hacerlo más que Sol, ¡maldito sea mi corazón! Le teníamos a dos pasos y hemos estado haciendo el oso creyéndole a docenas de millas... ¡Vamos, rápidos!... ¡Si le alcanzamos, os prometo entregaros el cincuenta por ciento de mis ganancias personales durante todo un año!

Los indeseables, espoleados no por la promesa de aquella ganancia hipotética, sino por la burla que les privaba de la venganza y por la proximidad de tan terrible enemigo, se apresuraron a requerir sus caballos, montando en ellos dispuestos a la caza. Buck, en vanguardia, con los ojos desorbitados y los dientes enclavijados por una rabia que le ahogaba, fue el primero en lanzar su caballo por la rampa que conducía a la cañada.

Doce hombres, como doce fieras, se dispusieron a dar una terrible batida por el monte. La fuga acababa de realizarse, y Sol no podía haber huido muy lejos con su presa, mucho más teniendo en cuenta que sólo contaría con un caballo para los dos, y esto le restaría velocidad.

La cuadrilla alcanzó la salida, y Buck, señalando el rosario de taludes que encerraba la cañada, dijo:

—Hay que buscar el rastro a partir de aquel talud del fondo. El terreno está muy húmedo por algunos sitios y por alguno lograremos encontrar sus huellas.

Tuvieron que dar un amplio rodeo para alcanzar el lugar por donde Sol había llevado a feliz término su audaz maniobra, perdiendo más de media hora, pero por fin consiguieron situarse en el mismo sitio.

Tony, hombre ducho en su profesión, señaló por una pina rampa que se alejaba al Noroeste del talud, diciendo:

—Por ahí ha descendido. Esperad... No veo más que unas huellas. ¿No lo observas, Buck? ¿Qué diablos significa esto? Estas huellas no pertenecen a los pies tan pequeños de la muchacha.

Buck se apeó del caballo examinándolas, luego gritó:

—No; son de un hombre, pero... Quizá ella se haya desmayado de la emoción y tenga que caminar llevándola a hombros.

—¡Por Judas! es una razón, y si es así peor para él, porque tendrá que caminar más despacio. ¡Adelante, muchachos, nuestro enemigo no debe estar muy lejos!

El pelotón metió sus caballos por la rampa galopando todo lo aprisa que el terreno lo permitía y una búsqueda dramática se inició. La situación de Sol no era muy ventajosa, y doce hombres, duchos en seguir rastros, le iban a los alcances, dispuestos a vengar la burla y a destrozarles con la misma saña que emplearía un tigre con un infeliz cordero.

* * *

Sol, entre tanto, caminaba por las trochas con el cuerpo desvanecido de Magde sobre los hombros y el corazón latiéndole con inusitada violencia.

Nunca jamás hubiese sospechado que aquel jinete audaz, valiente, frío y enorme tirador, que había intervenido en sus azarosas aventuras, fuese la mujer fina y delicada a quien creía recluida en su rancho, rezando por él durante sus ausencias, y ahora, al saber toda la tremenda verdad, junto con el temor del inmediato peligro, un consuelo sedante inundaba su alma.

Ya no existía problema amoroso. Ya sus dudas se habían desvanecido al saber que el jinete y Magde eran una sola persona, y que su corazón no sufriría quebrantos al pensar que pudiese existir otra mujer enamorada de él, a la que no pudiese corresponder como se tenía bien ganado.

Esto constituía para él un alivio y le explicaba el misterio de su disfraz y los esfuerzos que había realizado para evitar siempre su contacto; pero ahora, cuando ponderaba los terribles peligros que había corrido por él y las veces que había estado expuesta a morir por su causa, las carnes se le estremecían y un sentimiento de angustia, que no podía evitar, le atormentaba. Pero al mismo tiempo que su cerebro pensaba y trabajaba en torno al esclarecido misterio, sus ojos agudos se clavaban en el terreno, buscando los pasos fáciles e intrincados para huir y despistar a sus enemigos. Se había dado cuenta de que habían descubierto la fuga, y aunque fuese para ellos un problema averiguar cómo, no dudaba que, rabiosos, se lanzarían al monte en su persecución.

Aunque Magde era frágil y ligera, su peso muerto sobre el hombro por caminos tan ásperos, dificultaba su avance, mucho más en las sombras azuladas de la noche, y Sol rechinaba los dientes con furor al saber que no podía alejarse con la agilidad y premura de

que era capaz.

Pero era la vida de Magde la que dependía de él y tenía que excederse en posibilidades para ponerla a salvo. Tenía su caballo escondido, ya no sabía dónde, y debía localizarle a toda costa para contar con aquel auxiliar fiel, el único que podía sacarle de aquel gravísimo riesgo.

Huía por barrancas y macizos de verdura, cuando a su oído llegó en el silencio de la noche el rumor de cascos de caballos resonando sobre el esquisto y un temblor de angustia se apoderó de él.

La brutal caza había dado comienzo, y si localizaban las huellas le alcanzarían antes de que tuviese tiempo a descubrir el escondite de «Stard»,

Sol creía caminar bien orientado, pero al darse cuenta de que el rumor de cascos y voces agrias que se elevaban entre las peñas le cortaban el camino, se vio obligado a derivar por terreno distinto, siempre alejándose del núcleo de ruidos que parecían irle rodeando.

Pero a pesar de haber duplicado sus energías, observaba con angustia que el rumor de los cascos se hacía más intenso, señal de que los pistoleros ganaban terreno, y ya sólo pensó en encontrar un refugio defendible desde el que hacerles frente y aceptar la lucha cara a cara. Podía caer, pero moriría matando, y no se entregaría ni entregaría a Magde hasta después de muerto.

Dejó de huir para buscar un lugar defendible. Ya no podía hacer otra cosa, y aunque no era aquel el final de sus aventuras con que había soñado, la suerte lo había dispuesto de aquella manera y tenía que aceptarlo.

Se metió por un largo y estrecho vano, confiando en que contendría grietas por las que filtrarse.

Pero cuando siguió por el cauce tortuoso, observó con angustia que era una trocha sin salida, cortada por un risco transversal que le impedía seguir adelante.

Emitiendo un rugido de rabia, iba a retroceder, cuando al mirar con desesperación hacia arriba divisó a la pálida luz de la luna que acababa de salir, algo que le llenó de esperanza.

El risco no era liso totalmente, sino que aparecía cuajado de erosiones a modo de grosera escalera, y rápidamente, acuciado por la angustiosa situación, concibió un proyecto desesperado.

Alcanzaría su remate, y desde él, o bien podría defenderse, o seguir por caminos altos que hiciesen despistarse a sus perseguidores.

Bravamente quiso iniciar la subida, pero el cuerpo de Magde le estorbaba. La pared era demasiado lisa y los socavones poco

profundos para permitirle ascender con aquella carga.

Iba a renunciar a ello, pero comprendiendo que el retroceso ya era muy peligroso, apeló a un último recurso. Depositó el cuerpo de Magde en tierra, le pasó las cuerdas por debajo de los brazos y la cintura, uniéndolas entre sí y con los cabos aprisionados en la mano, empezó a ganar la altura con toda la rapidez de que fue capaz. Con fatigas, coronó el risco. Este era un buen lugar para mantener una defensiva tenaz. No tenía más acceso que el que él había emprendido y mientras conservase un cartucho en su poder, era muy difícil escalarlo.

Con emoción empezó a tirar de la cuerda para elevar el cuerpo de Magde. No dudaba que iba a sufrir erosiones en el roce con el talud, pero esto era preferible a una muerte segura en manos de aquellos rufianes.

Con toda la delicadeza posible, la fue subiendo lentamente. El rumor de los bandidos se aproximaba, pero aún le parecía algo alejado y no quería exponer a su esposa a sufrir serias heridas en la peligrosa ascensión. Por fin consiguió dejarla al borde de la cornisa y, con ansia, la examinó. Parte de la ropa de la joven se había destrozado con el roce, y en algunos sitios sangraba ligeramente a causa de los raspazos; pero, en general, la subida no le había afectado mucho.

Respirando con ahogos, la colocó fuera del borde y echó un vistazo en derredor. Algunos peñascos sueltos le inspiraron la idea de construirse un modesto parapeto que sirviese de escudo a las balas, pues la altura no era exagerada.

Acababa de colocar varios de los peñascos en el borde del risco, cuando distinguió cómo un grupo de forajidos irrumpía por la senda, examinándola. Sol tensionó sus músculos, colocó los dos revólveres que poseía al alcance de la mano, así como su excelente provisión de proyectiles y esperó. La hora suprema había sonado, tanto para él como para Magda.

CAPÍTULO IX

EL FINAL DE LA LUCHA



ANTO Buck, como su cuadrilla, después de muchos rodeos, habían conseguido localizar la pista de Sol. La lentitud con que éste se vio obligado a caminar y la imposibilidad de elegir terreno para borrar sus huellas, permitió que los pistoleros, auxiliados por la luz de la luna que había salido hacía un rato, encontrasen su pista y la siguiesen como finos sabuesos.

Por fin, se internaron por el estrecho paso elegido al azar por «el Vengador», pero al llegar al fondo y encontrarlo cortado, se detuvieron interrogándose con la mirada.

—¡Por Judas! —exclamó Tony—. ¿Dónde diablos se ha metido ese puerco?

—¿No habrá retrocedido? —insinuó otro—. Esto no tiene salida posible ni hay grietas por donde filtrarse.

Durante algunos minutos parecieron desconcertados. No se les ocurría que hubiese podido escalar el talud con el cuerpo de la joven sobre sus hombros y se preguntaban si no estaría escondido por algún lugar cercano, ya que los peñascales y la maleza abundaban con exceso.

Buck, rabioso, ordenó:

—Registrar los alrededores. Tened cuidado, pues si descubrís su escondite el recibimiento que os hará será ruidoso.

Los forajidos retrocedieron y con infinitas precauciones se dedicaron a registrar una extensión de terreno en derredor a la fisura. No encontraban huella alguna del paso del fugitivo y el más absoluto asombro se había apoderado de ellos.

Muy listo le sabían, pero no hasta el punto de escurrírseles de entre las manos cuando le iban pisando las espuelas.

Buck, espumeante de rabia, rugió:

—Tiene que estar por aquí; no hay otro remedio; se ha escondido como los lagartos, pero yo le encontraré. Si cree que yo

no soy también rastreador, está equivocado.

Se movieron de un lado para otro, recorrieron los alrededores, adentrándose temerariamente entre la maleza, rodearon los peñascales mirando los intersticios, allí donde por conmoción de la Naturaleza se habían unido ciertas cantidades de ellos, pero Sol no aparecía y nadie acertaba a explicarse su desaparición.

Poco más tarde, empezó a amanecer. La luz del alba, incolora y tenue, fue creciendo paulatinamente hasta que un rayo dorado de sol iluminó las cresterías de los riscos y el fondo de las cortadas, y a su resplandor Buck realizó un nuevo examen de aquel estrecho lugar.

Fue entonces cuando su instinto de rastreador le hizo descubrir la verdad de la huida. En la pared del talud aparecían huellas recientes de pisadas que descubrían como se les había evadido de las manos.

Estuvo a punto de lanzar un grito de aviso, pero el instinto de conservación le detuvo. Se hallaba a pocos metros de la cima y sabía que en cuanto revelase que había descubierto la forma de la evasión, Sol, que debía estar oculto en lo alto del risco, le cazaría como a un pájaro.

Temblando de angustia ante el temor de sentir el primer disparo y el dolor de la mordedura de la bala en sus carnes, se alejó del sendero diciendo:

—Seguidme, creo que podemos encontrar ahora su pista.

Sacó a sus hombres del barranco y ocultándose a la vista de Sol les hizo señas expresivas de que no quedasen expuestos a los tiros de él. Luego, asomándose prudentemente por el reborde de una de las paredes, empuñó el revólver y disparó contra las piedras que coronaban el remate del risco.

La bala se estrelló en una de ellas, levantando fragmentos de piedra, e inmediatamente vibró, como contestación, un estampido, y una bala rozó el talud, pasando muy cerca de Buck.

Un grito de rabia estalló entre los pistoleros. Ahora sabían dónde se encontraba escondido el audaz enemigo, pero su posición era formidable. No había forma de escalarla más que de frente, y de frente era jugar con la muerte con seguridad plena de perder.

Una docena de proyectiles se estrellaron contra el improvisado parapeto; pero Sol, tumbado sobre la planicie, bien protegido por las piedras, no se dignó contestar. Ya había lanzado su siniestro aviso, y aunque poseía una buena cantidad de proyectiles, no quería gastarlos de manera imprudente, exponiéndose a agotarlos cuando más falta le hiciesen.

Les dejaría desahogarse y sólo si intentaban en serio cruzar aquel paso y alcanzar el terraplén, sería llegado el momento de gastar plomo hasta el final.

No sabía hasta donde los nervios de Buck le llevarían a cometer imprudencias, pero si las cometía… peor para él.

Los forajidos, reunidos fuera de la barranca, celebraron consejo. Tenían acorralado a su audaz y peligroso enemigo, pero capturarle no era cosa fácil. Gozaba de una excelente posición y todo intento de asaltarla era correr hacia una muerte segura.

Solamente armándose de paciencia y sitiándole por hambre y sed podía conseguirse algo, pero ellos no estaban en condiciones de intentarlo. También estaban escasos de comestibles y los odres para el agua habían desaparecido.

Tenían que estudiar algún truco para ganar aquella trágica altura, y seriamente se pusieron a discutir la cuestión.

Entre tanto, Sol, convencido de que de momento no se atreverían a intentar nada, dedicó su atención a Magde. La joven parecía dar señales de vida y sin perder de vista la trocha, siguió con ávido interés las reacciones de la joven.

Esta, poco a poco, fue reaccionando hasta que terminó por abrir levemente los ojos, cerrándolos inmediatamente al recibir en sus pupilas la recia lumbrarada del sol.

Se agitó levemente, suspiró con ansia y volvió a abrir los ojos mirando de forma imprecisa en derredor.

Las angustiadas facciones de Sol la obligaron a clavar su mirada en él. Durante un rato, pareció no verle; luego, sus pupilas adquirieron un brillo especial y por fin dos lágrimas anchas brotaron en ellas silenciosamente. Sol la dejó llorar. Sabía lo que aquello desahogaba la tensión nerviosa, y poco después, la joven, volviendo la cabeza para no mirar a Sol, sollozó:

—¡Oh, Sol… perdóname!… Yo… Yo…

Él la abrazó conmovido, diciendo:

—¡Magde, por Dios, no te atribules! Nada tengo que perdonarte… Tú has hecho por mí…

—¡Pero te he engañado…! Te he hecho sufrir haciéndote pensar que otra mujer…

—Olvida eso, Magde. El «jinete fantasma» ha muerto para los dos. Ahora sólo debemos preocuparnos del presente.

Ella pareció darse cuenta de la realidad y preguntó angustiada:

—¿Dónde estamos, Sol? ¿Has conseguido burlar a esos miserables?

—No, querida. Asómate con prudencia y los descubrirás ahí

abajo. Están estudiando la forma de asaltar nuestra posición. No sé cómo lo lograrán.

Ella se arrastró mirando por entre dos piedras. Asombrada preguntó:

—¿Cómo conseguiste subirme hasta aquí, Sol?

—De la misma forma que te saqué de manos de ese rufián; por medio de las cuerdas que tú me tendiste para salvarme del barranco inundado.

—¡Oh, eres un hombre más que hábil y valiente! ¿Y ahora, Sol?

—No lo sé, querida. Nos defenderemos hasta el último instante, y después.,. Dios dirá.

—Tienes razón, Sol, Dios dirá. Lo siento por ti, pero si he de morir, ya nada me importa cayendo a tu lado.

—Ni a mí cayendo al tuyo. Tengo dos revólveres y muchas municiones. El que intente llegar hasta aquí, sólo lo conseguirá cuando no me quede ni un cartucho.

Magde, rehaciéndose, se irguió para decir;

—Así será, Sol, caeremos juntos o nos salvaremos juntos. Yo te ayudaré a hacer tragar plomo a esos miserables y ¡quién sabe lo que aún puede suceder!

Él no se hacía muchas ilusiones; pero, por no desanimarla, asintió.

Se pasó más de una hora sin que Buck y los suyos diesen señales de vida, hasta que por fin se movieron para intentar algo.

El recuerdo del truco empleado por Sol para detenerles cuando se encontraba encerrado en el clan de los Barrymore, pareció inspirar a Buck una treta, aunque con alguna variación.

Entonces Sol interpuso entre él y sus atacantes una barrera de fuego. Ahora no intentaban semejante cosa, pero sí despistarle para poder asaltar su posición, y el truco consistió en buscar plantas gramíneas, que, prendidas, producían un humo tremendo. Se habían armado de unas cuantas brazadas que arrojaron dentro de la barranca y las que al arder elevaron grandes columnas de humo que impedían distinguir nada detrás de su densa cortina.

Sol palideció al darse cuenta de la estratagema y advirtió a Magde;

—¡Atención, presumo que tratan de arrastrarse por el barranco para llegar al talud y escalarle! No tires de frente sino hacia abajo. ¡Por lo que más quieras no te expongas a recibir un tiro!

Con el oído atento, esperó. El crepitar de las plantas le impedía captar cualquier otro rumor, y el humo, al ascender recto, se le metía en los ojos, entorpeciendo aún más su vigilancia.

Hizo señas a Magde para que se corriese al lado derecho mientras él lo hacía al izquierdo, y murmuró a su oído:

—Cuando yo dispare, hazlo tú también, pero en forma de abanico a ras del talud y hasta la mitad. De la otra mitad me encargo yo.

Ella comprendió y, asintiendo, empuñó el revólver con decisión.

Sol esperó y cuando creyó oír una tos reprimida a causa del humo, hizo una seña y empezó a disparar secundado por Magde.

Los disparos crepitaron rápidamente y varios alaridos de rabia y dolor fueron la réplica. Sol había adivinado el momento, frustrando el ataque en principio.

Rápidamente se escondieron tras las piedras cuando de frente disparaban sobre ellos; pero ambos, bravamente, contestaron también en aquella dirección y al fondo de la barranca.

Nuevos alaridos les advirtieron que estaban obteniendo un buen éxito, y cesando en el ataque, se dispusieron a esperar para repetir la suerte.

Por dos veces llevaron a cabo su plan de defensa, siempre con éxito. La estratagema de Buck no había servido más que para privarle de algunos de sus elementos, sin conseguir escalar el risco.

Desesperados, se retiraron a la entrada del barranco abriendo un fuego infernal contra la altura. Las plantas se fueron consumiendo poco a poco, y aunque aún humeaban, su cortina era menos densa y permitía, a través de ella, seguir los movimientos de los sitiadores y tenerles a raya.

Pero Buck no se resignaba. Sus hombres contaban con plomo suficiente y trataban de deshacer el parapeto de «el Vengador» para dejarle al descubierto y obligarle a retroceder, impidiéndole dominar el paso. Sol lo adivinaba, y aunque ello le imponía un gran gasto de proyectiles, disparaba sin cesar para impedirles conseguir su objeto.

Magde le secundaba valientemente, pero más nerviosa que él, llegó un momento en que advirtió con inquietud:

—Nos estamos quedando sin municiones, Sol... ¿Te has dado cuenta?

—Sí, querida, pero... tenemos que bailar al son que nos tocan... Si deshacen esto y nos obligan a retroceder, les será fácil escalar el talud y entonces...

Ella nada dijo. Apretó los dientes y siguió disparando, aunque con más lentitud.

Previsoramente, escondió dos cartuchos en su bolsillo. Si la cosa se ponía trágica, servirían para darse muerte antes que caer en

manos de Barrymore.

Quedaba un mísero puñado de proyectiles, cuando Sol se detuvo bruscamente. Ya no podía hacer más derroche y tenía que reservarlos para un asalto seguro.

Durante más de una hora los disparos vibraron siniestramente en el monte, hasta que Sol, cesando bruscamente, exclamó con ira reconcentrada:

—Se acabó, querida. Quedan una docena de proyectiles y debo aprovecharlos con exposición. Si lo lograse, estaríamos salvados.

Ella no dijo nada, pero mordiéndose los labios, tomó una decisión. Mientras cedía a Sol el pequeño puñado de cartuchos, cargó los dos que había reservado en su revólver. Los bandidos parecieron darse cuenta del motivo de aquel brusco silencio. Debían haber provocado deliberadamente el desgaste de municiones para maniobrar al fin con soltura y éxito.

Fue entonces cuando exponiéndose audazmente, asaltaron la barranca para escalar el talud.

Sol se retiró fuera del borde del risco y les dejó iniciar el asalto. Esperaría el momento de ver asomar una cabeza para disparar sobre seguro.

El primer bandido que lo intentó, cayó al fondo con la cabeza deshecha de un certero balazo, y el segundo, con un hombro agujereado, pero alguien sin asomarse logró, levantando el brazo, disparar desde el reborde, obligándoles a retroceder más aún para no ser alcanzados.

La lucha adquiría estos caracteres dramáticos, cuando de súbito, vibró un grito ronco de alarma y hasta el matrimonio llegó clara una advertencia:

—¡Buck!... ¡Buck!... ¡Cuidado!... ¡Se acercan jinetes!

Cesó el fuego sobre Sol y Magde; hubo gritos y confusión; luego vibraron detonaciones nutridas y Sol se aventuró a asomar al borde del risco, al tiempo de descubrir cómo media docena de jinetes emprendían veloces la huida, abandonando el barranco.

Rabioso, arrojó el revólver a tierra. Había disparado el último cartucho sin advertir a Magde y ahora que podía hacer algo, no contaba ni con una onza de plomo.

Alocado, se corrió a uno de los bordes de la explanada.

Por debajo se deslizaba pina una senda, y por ella trataban de huir los forajidos, bordeando el talud.

Lejos, relativamente, por entre las breñas, avanzaban dos docenas de jinetes, los peones de los equipos de Pine, que habían localizado a los forajidos por el continuado vibrar de los disparos y

acudían a tomar parte en la lucha, y Sol, les miró con ansia, pidiendo a Dios que llegasen a tiempo para alcanzar a Buck antes de que se les escapase.

Los cinco forajidos supervivientes doblaron el recodo del talud y se lanzaron como una tromba por la pina senda, cruzando por debajo del impotente Sol. De súbito, Magde, que se había arrojado a tierra asomada al reborde, extendió el brazo y vibraron dos detonaciones.

Buck Barrymore, alcanzado en la cabeza y la espalda, vaciló en el caballo, cayendo a tierra bruscamente. El caballo que corría tras él, desbocado, tropezó en su cuerpo al avanzar y cayó de bruces, arrojando al jinete contra los peñascales donde se estrelló, y el resto, sin poder refrenar la carrera, cayeron en grupo en una mezcla infernal de hombres y caballos, produciéndose un caos terrible.

Los caballos coceaban alcanzando a sus jinetes en el estrecho paso, y éstos recibían las caricias de sus patas enfurecidas sin poder librarse de los terribles golpes y de la traba de sus cuerpos, y así, cuando dos de ellos, heridos, trataron de evadirse de aquella trampa y emprender la huida, varios disparos, vibrando no muy lejos, acabaron con ellos entre gritos de triunfo y de alegría.

Cuando Sol quiso darse cuenta de la acción de Magde, ya todo había concluido. «El Vengador», embargado de emoción, abrió sus brazos en los que la muchacha, se dejó caer y exclamó:

—¡Magde!... ¿Qué has hecho? ¿Cómo tenías en tu revólver esos dos milagrosos cartuchos?

—Los había reservado para ti y para mí, Sol; pero, ¡Dios ha sido misericordioso y me ha permitido emplearlos para una mejor obra!

El la besó apasionadamente, mientras el grupo de peones, penetrando en la barranca con terrible algazara, llamaba a Sol a gritos, advirtiéndole que podía descender, pues el peligro había terminado.

Cuando Sol se asomó al borde del risco llevando del brazo a Magde, los peones, asombrados, estallaron en vítores hasta enronquecer, y poco más tarde, el grupo abandonaba el monte, dándose mutuas explicaciones.

Los peones al salir de Leeds habían perdido la pista desorientados por la tormenta, pero más tarde se internaron por el monte seguros de descubrir a los rufianes y se hallaban lejos, cuando el humo de las gramíneas al elevarse les indicó la posición de los bandidos y más tarde el fragor de los disparos.

Cuando ya de noche todos penetraban en el poblado, Sol, que se hallaba sumido en una terrible duda, preguntó:

—Dime, Magde, ¿cómo tu padre te ha dejado alejarte del rancho para meterte en estas terribles aventuras?

—No lo supo nunca, Sol. Sólo lo sabía mi tío, aunque nunca se mostró muy conforme con ello. Cuando te alejabas y creía poderte ayudar, fingía marchar una temporada al rancho de mi tío; sacaba mi escondido traje, montaba en su caballo y me lanzaba tras tus huellas. Sólo él conocía mis andanzas.

La joven extrajo del bolsillo un blanco y fino pañuelo que exhalaba aquel perfume tan conocido de Sol. El pañuelo poseía algunas manchas de sangre de la joven; pero ésta, ofreciéndoselo, dijo:

—Toma, éste era el último que pensaba dejar en tus manos. Es blanco como una bandera de paz, porque esperaba que la paz reinaría para siempre en nuestros corazones.

Él lo besó emocionado, diciendo;

—Magde, mañana tenemos que ir a la iglesia donde nos casaron, a dar gracias por la ayuda que el cielo nos ha prestado en este trágico lance. Allí los depositaremos todos en el altar, como una ofrenda a quien siempre veló por nuestras vidas y nuestra felicidad, que de hoy en adelante nadie turbará de nuevo.

La noche era clara y perfumada, las estrellas brillaban como diamantes dispersos y un olor a flores silvestres inundaba el ambiente. El la atrajo hacia sí, la besó con unción y tirando el revólver entre la abrasada hierba exclamó:

—«El Vengador» ha muerto, Magde. Te prometí que esta sería mi última aventura y cumplo mi palabra.

—Gracias, Sol... ¡Ojalá que todos en el Oeste, como tú, pudiesen tirar sus revólveres entre la hierba y nunca más se oyese el siniestro vibrar de un disparo!

—Algún día se logrará, Magde, y si no somos nosotros los que lo veamos, serán nuestros hijos.

—Que Dios te oiga es lo que le pido.

FIN

BIBLIOTECA X

Y

Colección RODEO

CONTINUAN SU MARCHA ASCENDENTE HACIA EL TRIUNFO.

LOS MEJORES AUTORES Y DIBUJANTES COLABORAN EN ELLAS PARA LOGRAR LA MÁXIMA PERFECCIÓN EN PUBLICACIONES DEL OESTE.

SUS LECTORES SON, CADA DÍA, MÁS

GESTORA MARISCAL

(Matriculada oficialmente)

Casa fundada en el año 1928

GESTIÓN RÁPIDA DE ASUNTOS EN MINISTERIOS Y OFICINAS PÚBLICAS

SERIEDAD Y SOLVENCIA

Juan de Mena, 14 - Apartado 649 - Teléfono 23829

MADRID